

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Poderosos en la sombra

Es hallado «suicidado» el diplomático turco Kemal Botak, y esto sorprende muchísimo a Brigitte, pues en las varias ocasiones que habían relacionado le había parecido un hombre sensato y feliz. Y esto crea un contrasentido o, cuando menos, una incógnita: ¿tiene sentido que se suicide un hombre sensato y feliz? La agente Baby no lo cree así, por lo que se pone inmediatamente a investigar tan insólito suicidio, aunque su actitud sorprenda a todos sus amigos. Pero sólo se sorprenden inicialmente, pues todos ellos saben muy bien que cuando la agente Baby frunce el ceño algo insólito y malo está ocurriendo en el mundo…



Lou Carrigan

Poderosos en la sombra

Brigitte en acción - 492

ePub r1.3

Titivillus 09.05.2021

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—El viaje no puede ser más cómodo —insistió Frank Minello—… ¡Ahora hay vuelo directo Nueva York-Barcelona!

—Ya sé eso, Frankie —asintió Brigitte—. Y tienes razón en todo, empezando por la idea de que a cualquier persona le sientan siempre bien unas vacaciones. Sin embargo, no deseo acompañarte.

—¿Qué quieres decir con eso? —Palideció el bueno de Frankie —. ¿Que no deseas mi compañía, que no te agrada mi compañía, que repudias mi compañía, que te asquea mi compañía, que…?

—No significa nada de eso —rió Brigitte—… Es, simplemente, que tengo otras cosas que hacer.

—¿Otras cosas que hacer? ¿Quieres decir cosas ineludibles o que son más importantes que el Campeonato del Mundo de Atletismo?

—Digamos que he decidido hacer primero esas otras cosas.

—O sea, que te niegas a acompañarme a Barcelona para presenciar en su Estadio Olímpico las competiciones de la Copa del Mundo de Atletismo.

—No se puede decir más claramente —asintió la divina.

—¿Estás segura de lo que haces? Te estoy hablando de Barcelona, la sede de los próximos Juegos Olímpicos, y…

—Conozco Barcelona —murmuró Brigitte—. No deseo ir allá en estos momentos.

—El viaje sería estupendo. Nos subimos en un avión, y ¡zas!, en un momento estamos allá, podemos ir tomando champán por el camino, viendo el cielo, conversando de cosas hermosas…

—¿Cosas hermosas? Eso me gusta —se interesó Brigitte—. Dime alguna de las cosas hermosas sobre las que conversaríamos.

—Pues… ¡Zambomba, yo qué sé! ¡Hay tantas!

—Frankie, una de las cosas que me gustan de ti es tu optimismo… ¿Realmente crees que hay muchas cosas hermosas en el mundo?

—¿Tú no?

—Yo he preguntado primero. ¿Realmente crees que hay muchas cosas hermosas en el mundo?

—Estoy convencido de que sí.

—Cítame algunas.

—Pues, por ejemplo, la belleza, el amor, las matemáticas, el sol, la amistad, el ajedrez, el deporte, la buena comida, el agua incontaminada, la luna, las flores, las berenjenas…

Brigitte, que había comenzado a reír con lo de las matemáticas, hacía ahora señas a Frankie para que abandonase su lista de cosas hermosas. No podía dejar de reír, y la palabra «berenjenas» había sido la chispa final.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —Refunfuñó Minello—. ¿Acaso no estoy mencionando cosas hermosas?

—¡Ya lo creo que sí! ¡Sobre todo, las berenjenas!

—¿A ti no te parecen hermosas las berenjenas?

Brigitte inició un gesto de sorpresa, pero enseguida comprendió que no había lugar a ello.

Porque, en efecto, ¿acaso no eran hermosas las berenjenas?

¿Acaso no era hermoso todo lo que nacía y crecía en el planeta Tierra? Como siempre Frankie tenía razón, una vez más ponía de manifiesto su gran sensibilidad. Porque… ¿quién sino el bueno de Frank Minello era capaz de haberse fijado en la belleza de las berenjenas? Lo cual era lo mismo que decir que se había fijado en la belleza de todo, que era capaz de ver la belleza que había en cualquier cosa, por modesta y cotidiana que fuese.

—La verdad es que sí —dijo por fin la espía más peligrosa del mundo.

—Pues ven conmigo a Barcelona y te convidaré a berenjenas. —Frankie quedó de pronto como alarmado—. ¡Zambomba, espero que en Barcelona haya berenjenas!

—Frankie: no puedo acompañarte a Barcelona…, pero tienes mi palabra de honor de que si puedo reunirme contigo cuando termine lo que tengo que hacer en otro lugar, acudiré inmediatamente. ¿En qué hotel vas a estar?

—En el Princesa Sofía.

—Ah. Bien, de acuerdo.

—De acuerdo —se le alegró el semblante a Minello—. ¡Y no olvides que has dado tu palabra de amor!

—¿De amor? —Alzó las cejas la bellísima—. ¡He dicho «honor», no «amor»!

—¿Y no es lo mismo amor que honor?

—No estoy muy segura —suspiró Brigitte, esperando otro de los discursos de su querido amigo—… ¿Tú crees que sí es lo mismo?

—Vamos a ver: ¿tú crees que una persona que ama realmente puede realizar algún acto que carezca de honor?

—Mmm… Pues… Vaya, esto… Supongo que no.

—¿Y tú crees que una persona que tenga honor puede hacer alguna cosa que carezca de amor?

—Pues… O sea… ¿Qué? ¿Cómo lo has dicho, qué has dicho?

—¡Me has entendido perfectamente!

—Desde luego que sí —murmuró Brigitte; se alzó del sofá, y fue a sentarse en el brazo del sillón que ocupaba Frankie—. Y estoy de acuerdo contigo en todo. Pero ahora, Frankie, tienes que dejarme sola.

Le dio un beso en una mejilla. Minello se quedó mirándola atentamente. Observó aquel rostro exótico y hermoso, los grandiosos ojos azules, la boca sonrosada, el hoyuelo vertical en la barbilla… Amaba aquel rostro. Lo amaba por bello y por todo cuanto expresaba, especialmente en los ojos. En realidad, en aquellos ojos estaba todo lo que más amaba en la vida el periodista Frank Minello.

—Está bien —susurró—. Pero te espero en Barcelona.

—Tienes mi palabra de amor y de honor de que si termino a tiempo mi trabajo me reuniré contigo.

Un minuto más tarde, la señorita Brigitte Montfort se hallaba sola en su apartamento de la Quinta Avenida neoyorquina, edificio Crystal Building, piso veintisiete, frente a Central Park.

Utilizando una de sus pequeñas radios de bolsillo, llamó de nuevo a Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA.

—¿Tío Charlie? ¿Ha solicitado ese informe a la Central?

—Desde luego, querida —sonó la vez ya inevitablemente cascada del viejo espía y director de espías—, la verdad es que no hay demasiadas cosas que decir acerca de ese Kemal Botak. Era un diplomático del montón, simplemente. Según todos los informes que

de él constan en nuestros archivos, era, sin duda, un hombre inteligente, pero… digamos que muy poco ambicioso.

—Explique mejor eso, ¿quiere?

—El tal Botak no era hombre de empuje. Era un buen diplomático que sabía obedecer, pero jamás habría podido estar el frente de una embajada o consulado. Usted ya me entiende: hay quien puede ser un excelente soldado y un pésimo sargento. Hay quien sabe obedecer y hay quien sabe mandar, Botak sabía obedecer. Era un hombre sin ambiciones personales, sin empuje. Lo que suele llamarse un diplomático del montón.

—Está bien. No vamos a discutir por eso. Pero él tenía que estar haciendo algo importante últimamente, ¿no?

—Nada en absoluto. Caramba, Brigitte, ese diplomático turco, simplemente estaba de vacaciones en una playa griega. ¿Qué se puede hacer que sea especialmente importante en una playa griega y estando de vacaciones?

—Yo no creo que estuviese de vacaciones.

—¿Por qué no? Los periódicos…

—Tío Charlie, no me hable de los periódicos. Soy periodista, ¿recuerda usted esto? Además, tengo junto a mí el Morning News de esta mañana, y he leído la noticia. Pero yo sé que Kemal Botak no estaba de vacaciones en esa… desconocida playa griega.

—¿Por qué no?

—Porque su esposa no estaba con él.

Durante unos segundos, Pitzer permaneció en silencio. Por fin, murmuró:

—Hace muchos años que aprendí que cuando usted dice que algo no está bien es porque no lo está. Su intuición ya no me causa sorpresa. Por lo tanto, empiezo a pensar que, en efecto, puede haber ocurrido algo extraño con ese suicidio. ¿Qué es lo que piensa usted al respecto?

Brigitte miró de nuevo el ejemplar del Morning News en el que había leído la noticia poco antes de que se presentase Frankie en su apartamento invitándola al viaje a Barcelona. La noticia era como había sido el diplomático turco Kemal Botak: pequeña, discreta, insignificante, perdida entre muchas otras en una página interior del diario. En ella se daba cuenta, muy escuetamente, del suicidio del señor Kemal Botak, diplomático turco que se hallaba de

vacaciones en un discreto hotel de la también discreta localidad griega llamada Nea Michaniona, unos pocos kilómetros al sur de la localidad de Salónica, en la pequeña península de este mismo nombre. El hotel llevaba el vulgar nombre de Partenón. Según todas las evidencias, el señor Botak, encerrado en su habitación, se había pegado un tiro en el corazón que le había ocasionado la muerte instantánea. Eso era todo.

—¿Brigitte? —llamó quedamente Pitzer, ante el prolongado silencio de la espía.

—Precisamente —susurró Brigitte—, era un hombre al que sin duda le gustaba la belleza de las berenjenas.

—¿Qué?

—Kemal Botak era un hombre digno e íntegro, además de bondadoso.

—Vaya… ¡De modo que usted lo conocía! —exclamó Pitzer.

—Desde hace unos quince años nos hemos ido encontrando en algunas recepciones diplomáticas. Es verdad que no era un hombre de empuje, lo que suele llamarse un cabecilla, un líder, pero era inteligente, honesto, bondadoso y digno… Conozco también a su esposa Altea. No es una belleza, de acuerdo, pero es una mujer encantadora. La única tristeza de Altea y de Kemal era que no podían tener hijos, pero esto lo habían resuelto diciendo que habían decidido adoptar a toda la Humanidad como hijos suyos. Tío Charlie, Kemal Botak era de las personas que si de él hubiera dependido jamás habría abandonado la Vida, habría vivido hasta el fin del mundo, hasta el fin del tiempo. ¿Me he explicado?

—O sea, que usted cree que a Botak lo han matado.

—Sí, lo creo. Por eso quiero saber qué estaba haciendo en ese lugar de Grecia.

—A todos los efectos, y hasta donde nosotros hemos podido saber en una indagación sin compromiso, él estaba solo y de vacaciones. Punto. Por supuesto, si usted lo desea podemos realizar una investigación a fondo.

—Una investigación clásica de la CIA no serviría de nada en estos momentos y circunstancias —rechazó Brigitte.

—¿Por qué no?

—Si Botak hubiera sido abiertamente asesinado, tal vez podríamos encontrar pistas. Pero el hecho de que, aparentemente,

se trate de un suicidio, significa que su muerte ha sido… preparada y bien camuflada. Una muerte elaborada. Comprenderá usted que quienes hayan montado ese tinglado del suicidio habrán dispuesto el escenario y el argumento a la perfección. Por tanto, una investigación de la CIA, por profunda que fuese, sólo conseguiría comprometernos…, y, lo que me parece peor, pondría sobre aviso a las personas que han asesinado a Botak.

—No me diga más —comprendió Pitzer—: se va usted a Grecia.

—Así es.

—Lógico en usted. ¿Puedo hacer algo desde aquí?

—No. Nada. No haga absolutamente nada, tío Charlie. Olvide todo el asunto.

—Muy bien. Pero sea tan amable de satisfacer esta curiosidad personal: ¿va usted a intervenir en eso porque tenía una cierta amistad simpática con Kemal Botak…, o porque cree que su supuesto asesinato puede tener algún significado importante o inquietante?

—Por las dos cosas. Pero, realmente, no me gusta que asesinen a personas como Kemal Botak. Ah, una cosa: si alguien, sea quien sea, le pregunta por mí, usted no sabe nada de nada.

—¿Sea quien sea?

—He dicho sea quien sea, ¿no?

—Le deseo feliz estancia en Grecia.

Era alto, de cabellos oscuros, ojos claros, y vestía corrientemente, sin conseguir ocultar un cierto excesivo volumen de su musculatura. Llegó caminando sosegadamente, como si no tuviera ningún interés especial por su entorno. Se sentó en uno de los bancos del pequeño jardín de Kolonaki, dando frente a la Avenida Skoufa, y encendió un cigarrillo.

No se sorprendió, no hizo aspaviento alguno cuando la muchacha rubia apareció y se sentó a su lado. La miró, eso sí. Simplemente, la miró y sonrió.

Era un hombre agradable. Serio, sólido, hermético, pero agradable. No debía de tener más de treinta y cinco años.

—Hermosa tarde —dijo en griego.

—No hablo griego —sonrió la rubia—. Por eso le necesito, Simón.

—Ya.

—¿Usted habla el griego como si fuese griego?

—Prácticamente. Si lo que quiere saber es si podría pasar por griego, la respuesta es sí, no tenga la menor duda.

—Perfecto. ¿Reside usted habitualmente aquí, en Atenas?

—No. He sido llamado por mi jefe a mi lugar de residencia en otro lugar de Grecia. Entiendo que usted llamó a Simón-Atenas solicitando un agente discreto, sigiloso y que hablase el griego a la perfección. Ése soy yo. Mi madre era griega.

—La mía era francesa —sonrió la rubia—. Simón: si usted no se limita a obedecerme, si en algún momento tiene la ocurrencia de hacer algo por propia iniciativa, existe el noventa y cinco por ciento de posibilidades de que lo asesinen. ¿Me explico?

—Desde luego. Pero la verdad es que ya estoy muerto, aunque sólo sea de curiosidad. Dígame: ¿qué está ocurriendo en Grecia tan importante que ha motivado la intervención de la agente «Baby»…, y de lo que nosotros no nos hemos enterado?

—Lo que ha ocurrido en Grecia no es importante. Mejor dicho: no es internacionalmente importante, pero sí lo es para mí.

—Comprendo. ¿De qué se trata?

—Del asesinato del diplomático turco Kemal Botak.

—¿Kemal Botak? Espere un momento… ¿Botak? Se equivoca usted: no lo asesinaran. Él se suicidó.

—No.

A través del humo, el agente de la CIA se quedó mirando a la hermosa muchacha rubia de falsos ojos verdes que a su vez le contemplaba atentamente. Hacía calor en Atenas. El agente de la CIA llevaba años soñando con realizar alguna misión respaldando a la espía más famosa del mundo, a la reina indiscutible del espionaje internacional. Y ahora, simplemente, la tenía ante él, la estaba mirando y ella le miraba a él. Era preciosa.

—O sea —dijo—, que nos vamos a Nea Michaniona.

—Sí. Y usted investigará ese asunto, Simón. Es decir, lo investigaremos los dos, pero usted será quien dará la cara.

—Eso no es lo normal en usted —sonrió el agente de la CIA.

—No, no lo es. Por eso insisto en rogarle que tenga mucho cuidado y que no tome ninguna clase de iniciativa. Simón, quiero que esto quede bien entendido.

—No se preocupe: me encanta vivir. De modo que al

diplomático turco se lo cargaron, ¿eh?

—Sí.

—Pues me parece —sonrió de nuevo simpáticamente Simón— que quien lo hizo no realizó precisamente el mejor negocio de su vida. ¿Cómo vamos a ir a Nea Michaniona?

—Usted irá en tren.

—Pues no es precisamente un viaje de placer, se lo aseguro. ¿Y usted?

—Yo, simplemente, iré —sonrió la rubia—. Alójese en el Hotel Panteón. ¿Tiene dinero?

—Depende de lo que quiera que haga. No soy un hombre rico. La rubia le tendió un sobre.

—Cómprese algo de ropa…, quiero decir que no lleve sus cosas habituales, que adquiera ropas nuevas, calzado… Preséntese como un deportista en vacaciones, simplemente. No dé explicaciones a nadie. ¿Tiene documentos griegos?

—Claro. A nombre de Aleko Nipoulos.

—Perfecto. Gaste todo el dinero que necesite. Pero con sosiego, no de modo que se fijen en usted. Dado su aspecto físico no conseguirá pasar demasiado desapercibido, pero al menos no atraiga la atención con su comportamiento. Ya sé, ya sé que lo hará bien —sonrió—… A veces me excedo en recomendaciones.

—Es sólo una cuestión de cariño, supongo —sonrió de nuevo Simón.

—En efecto —ella le dio una palmada en una mano, cariñosamente—… Mire, Simón, la persona o personas que se han molestado en asesinar a un hombre como Kemal Botak, y además de ese modo encubierto, tienen que ser unos asesinos de cuidado que, además, están tramando algo criminal.

»Y le diré por qué sé esto: porque para matar a Botak hay que tener mala sangre y malos proyectos. Botak se enteró de algo, y, sin la menor duda, intentó oponerse a ello. Entonces, lo asesinaron. Por lo tanto, se lo diré por última vez: tenga mucho cuidado una vez se halle en ese lugar… ¿Nos hemos entendido bien?

—Claro.

—Perfecto. Nos veremos en el Hotel Partenón, de Nea Michaniona.

Ella le dio otra palmadita, se puso en pie, y se alejó. Simón la

vio tomar un taxi, que se alejó. Abrió el sobre y se quedó mirando, sin sorpresa, la gran cantidad de dinero griego que contenía. Vacaciones en una playa encantadora. Y todos los gastos pagados.

«—Me pregunto —pensó— cómo irá ella a Nea Michaniona, y cuándo llegará… Apuesto a que cuando yo llegue ella ya estará allí esperándome…».

Simón se habría llevado una buena sorpresa si hubiera podido ver poco después a la encantadora rubia. En primer lugar, ya no era rubia, sino morena y de ojos azules, no verdes. Viajaba con el nombre de Brigitte Montfort. Y, además, esto era sin duda lo que más habría sorprendido a Simón, la espía más peligrosa del mundo no tomaba el tren, sino el avión. Y no hacia Salónica, sino hacia París.

Capítulo II

Kemal Botak había vivido en un elegante edificio un tanto antiguo sito en la Rue Varenne, cerca del Museo Rodin y del Hotel des Invalides. En alguna ocasión, charlando con la encantadora señorita Montfort, había comentado que desde la terraza de su apartamento veía la Torre Eiffel.

Ciertamente, a la señorita Montfort no le costó trabajo encontrar en París el apartamento del señor Botak. Tampoco le costó trabajo enterarse en el mismo edificio de que la señora Botak no se hallaba en París. ¿Dónde se hallaba *Madame* Botak? Nadie lo sabía, aunque una de las vecinas aseguró que unos amigos la habían invitado a pasar unos días en el campo, a fin de evitarle, precisamente, las molestias de la prensa y similares.

La CIA fue descartada inmediatamente como investigadora del paradero de *Madame* Botak. La señorita Montfort prefirió recurrir a los servicios del SDECE, el servicio de inteligencia francés. Para ello, sólo tuvo que llamar a su viejo amigo *Monsieur* Nez y comentarle lo mucho que le agradecería que cuando ella le volviera a llamar, dentro de un par de horas, él pudiera decirle dónde se hallaba exactamente *Madame* Botak.

Monsieur Nez aseguró que para el SDECE y para él personalmente iba a ser un placer complacer a su más querida amiga, pero puso una condición: no más teléfono, el informe que la señorita Montfort deseaba le sería transmitido personalmente por el mismísimo *Monsieur* Nez a las siete de la tarde en cierto café del Boulevard Saint Germain… ¿Cómo negarse a tomar café en tan encantador lugar?

De modo que, a las siete en punto de la tarde, cuando *Monsieur* Nez llevaba apenas tres minutos esperando, apareció la señorita Montfort…, es decir, una dama rubia, de ojos verdes, encantadora,

pero que nadie habría podido identificar como la famosa periodista norteamericana Brigitte Montfort.

Monsieur Nez se enfadó por ello.

—Tenía ganas de verla a usted, no a una desconocida —farfulló, tomando la mano que le tendía la espía.

—*Monsieur* —reprendió Brigitte—, me decepciona usted: ¿acaso vale más la apariencia que la esencia? Aunque yo no parezca la persona que usted esperaba ver, soy esa persona. Usted comprobará que es cierto cuando me muestre tan encantadora como siempre.

—Bueno —sonrió Nez—, indudablemente, usted es usted. Pero, de verdad, a mí me encanta ver el rostro y los ojos de Brigitte Montfort.

—Tendremos que esperar otra ocasión.

—La impaciencia me mata. Por otra parte usted no es justa conmigo: si se presenta aquí disfrazada es que existe algún peligro de alguna manera, en cuyo caso yo me estoy arriesgando por complacerla a usted. ¿Eso no merece que se muestre más complaciente?

—Tiene usted razón. Pero no me he disfrazado por razones de seguridad, sino de tiempo. En cuanto usted me diga dónde está *Madame* Botak saldré en su busca. Y esa visita, en principio, sí que deseo hacerla sin que nadie pueda identificarme.

Monsieur Nez asintió. Ambos se habían sentado ya, y en aquel momento un camarero llegaba junto a la mesa. Sin consultar a Brigitte, Nez pidió una botella de Dom Perignon, lo cual hizo sonreír a Brigitte, que cuando el camarero se retiró, comentó:

—Usted siempre tan atento a los detalles, *Monsieur*.

—No ha podido dudar de eso en ningún momento —frunció el ceño el francés—: hace años que por Navidad le envío varias cajas de Dom Perignon.

—¿Usted o el SDECE?

—Querida mía: YO soy el SDECE.

—Sí, ya sé. Ha llegado usted muy arriba, *Monsieur*.

—En muy buena parte, gracias a usted. En cuanto a usted, sé muy bien que usted ES la CIA, aunque no presuma de ello tan abiertamente como yo. Por lo tanto, me pregunto: ¿por qué no ha recurrido a la CIA para esta pequeña e inocente investigación?

—He preferido utilizar el exquisito tacto francés en lugar de la

rudeza americana —sonrió la rubia.

—Ya. ¿Sabe?: hasta el momento en que usted me pidió que localizara a *Madame* Botak yo estaba convencido de que el infortunado Kemal Botak era un diplomático insignificante.

—Lo era. Ocurre, simplemente, que por motivos de trabajo de ambos, él como diplomático y yo como periodista, habíamos coincidido muchas veces en recepciones, asambleas, ruedas de prensa… Cosas de ésas. Además, él residía aquí, y esto nos daba siempre un tema especial de conversación. Ya sabe usted que yo adoro París, *Monsieur*. Me pareció que a mi paso por esta encantadora ciudad debía presentar mis condolencias a Altea, es decir, a *Madame* Botak. ¿La localizó usted?

—Ella se ha instalado, al parecer de un modo indefinido, en la villa de Giscard Mérier. Está a unos cien kilómetros al sur de París, cerca de Orleáns, en una pequeña localidad llamada Chevilly. Puede usted llegar allá en coche muy cómodamente por la autopista A 10, o por la carretera general número 20.

—Es decir que, vaya por donde vaya, llegaré ya de noche a Chevilly.

—Es inevitable. Entre salir de París y llegar allá cuente usted como mínimo dos horas y media.

—En ese caso, me parece que optaré por viajar mañana temprano hacia Chevilly, utilizando la carretera general. Me aburren las autopistas.

—La comprendo perfectamente.

El camarero regresó, portando la botella de Dom Perignon dentro de un cubo de plata con hielo picado. Sirvió en dos exquisitas copas de cristal auténtico italiano, y se retiró.

Brigitte alzó la copa, y *Monsieur* Nez correspondió igualmente en silencio al brindis.

—¿Y quién es ese caballero llamado Giscard Mérier? —inquirió acto seguido Brigitte.

—Un diplomático francés.

—Ah. Claro. Un diplomático. Un colega de Kemal Botak, y posiblemente un amigo debido a sus continuadas relaciones profesionales.

—Efectivamente. *Monsieur* Mérier es un hombre muy estimado en su profesión, y en lo personal. Es un hombre relativamente

joven, muy agradable, y muy rico. Su villa de Chevilly es enorme y magnífica, tengo entendido que encantadora. Además, naturalmente, *Monsieur* Mérier tiene un confortable apartamento aquí, en París.

—Claro. ¿Tal vez *Monsieur* Mérier se halla en París?

—No, no. Él está en Chevilly, con *Madame* Botak. En el apartamento de París, sito en el 114 del Boulevard Raspail, no hay nadie estos días.

La rubia miró con simpática malicia al veterano espía francés, y bebió otro sorbo de champán.

—Está deliciosamente frío y maravillosamente vivo —dijo—. Es una lástima que las cosas buenas sean tan caras.

—No creo que eso le importe a usted. Tengo la certeza de que su fortuna personal es inmensa, querida. Incluso podría comprar Francia.

—Zambomba —abrió mucho los ojos Brigitte—, ¡¿para qué quiero yo comprar Francia?!

—Era un decir. ¿Aceptaría usted cenar conmino?

—Me temo que es imposible, *Monsieur*. Tengo algunas cosas que hacer esta noche. Me pregunto si, tras mi negativa, se quedará usted en casa.

—Sí. En cuanto nos separemos iré a mi solitaria morada y no me moveré da allí en toda la noche. ¿Me permite hacerle una pregunta?

—No se moleste. Simplemente, yo sé que Kemal Botak no se suicidó.

—Ah.

—En cuanto a Giscard Mérier. ¿Qué puede decirme de él?

—Es un buen diplomático.

—¿O sea, de una categoría superior a la de Kemal Botak?

—Considerablemente superior. Es claro que todo es siempre relativo… Lo que quiero decir es que si consideramos las posibilidades turcas tal vez Kemal Botak podría ser considerado un buen diplomático.

—Es decir que, a nivel de Turquía, Botak era tan buen diplomático como lo es *Monsieur* Mérier a nivel de Francia.

—Siempre relativamente hablando. En cualquier caso, en líneas generales, ciertamente el señor Botak no era un diplomático precisamente importante, me parece a mí.

—No, no lo era. Sin embargo, lo asesinaron.

—Sería muy interesante saber por qué. Tanto más interesante cuanto que, por lo que usted dice, alguien se ha molestado mucho en montar una comedia en torno a él. ¿Cómo puede estar usted segura de que Botak no se suicidó?

—Por lo mismo que estoy segura de que usted haría cualquier cosa por Francia.

—O sea, que le conocía usted muy bien.

—Algunas personas son fáciles de clasificar.

—¿Incluso yo?

—Para mí, sí.

Monsieur Nez quedó pensativo durante casi un par de minutos, observado inexpresivamente por la hermosa rubia que compartía con él una botella de champán. Por fin, el viejo espía situado ahora en el más alto puesto del SDECE, regresó de su ensimismamiento, sirvió de nuevo champán para ambos, y miró directamente a los ojos a su querida amiga y colega americana.

—Hace unas tres semanas, en una carretera inglesa, si no recuerdo mal la número cuarenta y siete, que une la ciudad de Norwich con la localidad de East Dereham, en el condado de Norfolk, ocurrió un accidente, en el cual falleció un tal Ferenc Slazac: su coche, al romperse la dirección, se salió de la carretera, y fue a estrellarse contra un árbol. Se incendió. Lamentablemente, el señor Slazac o bien perdió el conocimiento aunque sólo fuese unos segundos o no acertó a desprenderse del cinturón de seguridad. Cuando consiguieron controlar el fuego y sacarlo del vehículo, ya era cadáver… Adivine la profesión de Ferenc Slazac.

—¿Diplomático? —susurró Brigitte.

—Sí. Y de escasísima relevancia. En cualquier caso, se diría que la diplomacia internacional está un tanto… desafortunada últimamente, ¿no le parece? Aunque sin duda las personas normales y corrientes opinarían que el hecho de que en tres semanas perezcan dos diplomáticos en circunstancias de cierta violencia no es en absoluto significativo, y ni siquiera interesante bajo ningún punto de vista.

—¿Ha sabido usted de algún accidente más…, o cualquier otra contrariedad que afecte a diplomáticos?

—No. Pero considerando la intervención de usted en esto me

parece que voy a dedicar unos minutos a encargar una… pequeña investigación en ese sentido.

—Sea tan amable de no enviar a nadie a Grecia, *Monsieur*.

—De acuerdo. Es una lástima que no pueda aceptar mi invitación a cenar.

—Será en otra ocasión —sonrió la rubia—… Ambos tenemos mucha vida por delante, *Monsieur*.

—¿Usted cree? —Torció el gesto Nez. Yo tengo a veces la sensación de que estoy viviendo de más. Incluso, en muchas ocasiones, me pregunto qué malditos demonios hago yo en esta vida. He perdido la esperanza de conocer personas maravillosas, y en cambio, cuanto más vivo, más canalladas conozco.

—¿Sabe lo que necesita usted, *Monsieur*?: enamorarse.

—¿A mi edad?

—¿Se da cuenta? Es usted mismo quien se pone limitaciones.

—Ésta sí que es buena —masculló Nez—… ¡Estamos hablando de espionaje y me sale con que debo enamorarme! Además, yo ya estoy enamorado, hace muchísimo tiempo. Y sin esperanzas. De usted.

—Amigo mío: usted es tonto, por varias razones, de entre las cuales destacaremos: a) por ser espía profesional, b) por empeñarse en permanecer enamorado de un imposible, y c) por vivir solo e inmerso en las sordideces del espionaje cuando podría vivir acompañado de tal modo que una buena parte del día se olvidaría de todo lo malo y tendría mucho de bueno. ¡Santo cielo, encontrar amor en París debe de ser tan fácil como… como…!

—¿Cómo comprar chicle en Nueva York?

—¡Bueno, no tanto! —rió la divina—. ¡Pero casi, *Monsieur*, casi! Volveré a ponerme en contacto con usted muy pronto.

La rubia se había puesto en pie. Nez la imitó, y murmuró:

—Tenga cuidado: es de suponer que en el apartamento de Giscard Mérier hay alarma.

No sonó alarma alguna en el apartamento de *Monsieur* Mérier en el Boulevard Raspail. Es claro que la intrusa era de auténtica categoría. No era nada fácil llegar hasta el apartamento de Giscard Mérier en circunstancias normales, y menos todavía de modo subrepticio; sin embargo, la preciosa rubia, simplemente, había

superado todos los obstáculos y, simplemente, acababa de entrar en el apartamento.

No encendió la luz. Utilizó una pequeña linterna que emitía un delgado pero intenso haz de luz, con la que tuvo suficiente para recorrer todo el apartamento, que era muy amplio y de techos altos, al viejo estilo elegante francés.

Entre otras cosas, Baby encontró un detalle que le resultó simpático en el apartamento del diplomático francés: había ropa íntima femenina de diferentes tallas en el gran armario del dormitorio principal. Dormitorio que era de por sí toda una trampa llena de redes para atrapar víctimas no demasiado inocentes: había música, mueble-bar, videoteca con títulos clasificados X, cuadros estimulantes, ropas de seda en la cama, alfombras indiscutiblemente persas… Todo de exquisita calidad y gusto, desde luego.

Otra cosa que finalmente llamó la atención de la divina espía fue el contenido de la pequeña biblioteca instalada en una pequeña habitación interior que sugería silencio e intimidad; casi todos los libros eran biografías o estudios más o menos detallados sobre personajes interesantes de la Historia: Carlomagno, César, Napoleón, Eisenhower, Franco, Margaret Tatcher, Churchill, Moctezuma, Perón…

Las fotografías estaban también en la biblioteca, que a la vez era utilizada como despacho, a juzgar por la mesa que había al fondo y por el hecho de que no hubiera en el apartamento un despacho formalmente instalado. Estaban colocadas ordenadamente por fechas en un álbum forrado de piel, y fue fácil identificar en ellas a Giscard Mérier, porque era el que aparecía constantemente acompañando a otros personajes…, ninguno de los cuales era Kemal Botak. Había caballeros de porte distinguido sonriendo a la cámara teniendo como fondo un campo de golf, o una fiesta elegante, o cierto edificio de Ginebra… También había alguna jovencita muy sonriente y bella, casi siempre riendo; todas encantadoras. Al parecer, *Monsieur* Mérier era una persona de vida transparente y muy agradable. Eso era todo.

En cuanto a él, parecía tener unos cuarenta y cinco años, era alto, apuesto, elegante, y ciertamente cuidaba con esmero su forma física, jugando al golf, al tenis, y, por supuesto, haciendo *footing*. Tenía un rostro viril y agradable, y sus ojos oscuros miraban

siempre directamente a la cámara. Era, en fin, un hombre hermoso, inteligente y afortunado en la vida.

De donde se desprendía que, sin la menor duda, la reciente viuda de Kemal Botak estaba en buenas manos para sentirse consolada y protegida.

Capítulo III

—Pero… ¡no es posible! —Exclamó Altea—. ¿Está seguro de que ha dado ese nombre?

—Segurísima, *Madame* —insistió el criado, imperturbable.

—Pero… ¡Oh, es increíble! Desde luego, la recibiré. Es decir —Altea Botak se volvió hacia Giscard Mérier, que, sentado en un sillón del salón, la contemplaba amablemente— …, si no te parece mal, Giscard.

—Si deseas recibir a esa persona es porque te resulta agradable —dijo el diplomático—, de modo que la cosa está clara. Por otro lado, eres mi invitada, lo que significa que tienes que considerar mi casa como si fuese tuya. Es más, yo también deseo que recibas a la señorita Montfort.

—Sí, ¿por qué?

—Hace años que vengo leyendo sus reportajes, y siempre la he considerado una periodista de primerísima categoría. Esto aparte, querida, ella es todo un personaje mundial.

—¿Quién? —Se pasmó Altea—. ¿Brigitte?

—Me parece que has olvidado algunas cosas de ella: fue reina, candidata a la presidencia de los Estados Unidos, Premio Pulitzer de Periodismo… Vamos, Altea, no me digas que no sabías estas cosas de Brigitte Montfort.

—Oh, sí, pero… ¡las había olvidado! Ella es siempre tan… tan normal y amable… Quiero decir que siempre la he visto sólo como una persona grata y fácil de convivir con ella.

—Lo indudable es que conocer a una persona de su talla profesional y humana tiene que ser toda una experiencia. Me alegro mucho de que haya venido…, pero ¿por qué crees que lo ha hecho?

—Supongo… que se ha enterado de lo de Kemal y… y ha querido… expresarme su afecto. Ella y Kemal se entendían muy bien, coincidían en muchos puntos de vista sobre política

internacional. Incluso hubo un tiempo en que temí que Kemal se hubiera enamorado de ella. Es muy hermosa… Bueno, es más que eso, ella es… especial. Muy diferente a mí.

Giscard Mérier sonrió simpáticamente. Él había visto a Brigitte Montfort muchas veces en fotografías de prensa y en noticieros de televisión, y, ciertamente, sabía que era muy diferente a Altea Botak. Ésta era más bien bajita, y más bien gordita, aunque su rostro era bello y sus grandes ojos negros habían vuelto loco de amor al ya extinto Kemal Botak, quien sin duda había gozado también de las tersas y blancas carnes de su esposa, cuya amplitud de caderas y tamaño de los pechos debía de merecer la aprobación de un buen turco. Con todo, Altea tenía un cierto aire de distinción que no impresionaba, pero que resultaba simpático. A los cuarenta años todavía resultaba una mujer sumamente apetitosa…, para ciertos gustos, claro está.

—Ser diferente no significa ser mejor —dijo Mérier.

Altea le miró, y no contestó. Él encendió un cigarrillo, y murmuró:

—Me gustaría saber, en cualquier caso, cómo ha conseguido localizarte. ¿Tal vez tú la llamaste o…?

—¡Claro que no! ¡He sido la primera sorprendida por su visita!

—Sí, es cierto. Bueno, ella misma nos dirá cómo te ha encontrado…

Los pasos que delataban la proximidad de la visitante sonaban ya en la entrada del salón. Apareció el criado y la visitante junto a él. Giscard Mérier experimentó una especie de impacto en el estómago, o quizá fue un súbito vacío, y tuvo la repentina idea de que jamás debía volver a confiar en fotografías ni noticieros de televisión, porque no sólo no ofrecían las realidades puramente aparentes, sino que escamoteaban las realidades emocionales. Nada más ver a la señorita Montfort se experimentaba una sensación de nobleza que impresionaba profundamente.

—Brigitte, querida —caminaba Altea hacia ella—, ¡qué sorpresa!

Las dos mujeres se besaron en ambas mejillas. Luego, Brigitte Montfort puso su mano derecha en una mejilla de Altea Botak, en un gesto por completo insólito, pero que expresaba intensamente afecto y pesar. Fue un gesto que Mérier captó y clasificó como una de las cosas a recordar el resto de su vida, porque era un gesto fuera

de todo convencionalismo, un gesto de persona a persona.

—Altea, no sé cómo arreglármelas para decirte algo consolador o hermoso —murmuró la señorita Montfort—… De verdad lo he sentido profundamente.

Altea Botak se quedó mirando fijamente a Brigitte. De pronto, simplemente, rompió a llorar, causando el pasmo en Giscard Mérier, por la sencilla razón de que hasta aquel momento la reciente viuda no había vertido ni una sola lágrima.

Brigitte la abrazó cariñosamente por los hombros, y fueron a sentarse ambas juntas en un sofá. Altea lloraba mansamente, pero de un modo torrencial, que tenía sorprendido e impresionado a Mérier. Éste, simulando el gesto delicado de dejar solas a las dos mujeres, abandonó el salón, haciendo un gesto a su criado, que le siguió.

Ya en al amplio vestíbulo de la casa, Mérier preguntó:

—¿Cómo ha llegado la señorita Montfort hasta aquí?

—En coche, *Monsieur*.

—¿La acompaña alguien?

—No, *Monsieur*. La señorita ha llegado sola.

—De acuerdo. Vamos a dejar que las damas se expansionen un poco a gusto, René.

—*Oui, Monsieur.*

Mérier salió de la casa, apareciendo en la explanada frontal. Alrededor de la villa había grandes extensiones de pinos, algo alejados, de modo que la propiedad del diplomático quedaba como aislada. Dicho de otro modo, no era nada fácil acercarse a la villa sin ponerse en evidencia. Como quien ha decidido dar un relajante paseo, Mérier caminó alrededor de la casa, mirando con aparente indiferencia a todos lados. Había un par de pistas de tenis, una piscina de grandes dimensiones, y un gran cobertizo que se utilizaba la mitad como garaje y la otra mitad como gimnasio. Algo más allá, unas cuadras alojaban una docena de espléndidos caballos de montar.

El señor Mérier terminó su recorrido deteniéndose bajo el pequeño grupo de hermosos castaños frente a la casa, dejando entre ésta y aquéllos la explanada para los coches. Solamente había un coche allí en aquellos momentos: el de la visitante señorita Montfort. Tampoco parecía que nadie más estuviera cerca de la

villa. Mérier tomó mentalmente nota de la matrícula del coche utilizado por Brigitte Montfort, y finalmente regresó a la casa, entrando al salón, donde las dos mujeres conversaban ahora más tranquilas.

La azul mirada de la señorita Montfort se posó en los ojos de Giscard Mérier de un modo insólitamente sereno y apacible.

—Ha sido usted muy discreto, *Monsieur*. Lo que no resulta sorprendente en una persona de su generosidad. Altea me estaba explicando lo oportuno y amable de su gesto al invitarla aquí para evitarle precisamente encuentros penosos.

—La amistad auténtica no tiene precio, señorita Montfort. En cuanto a la presencia de usted en esta casa, evidentemente no constituye un encuentro penoso para Altea.

—¡Desde luego que no! —Exclamó la viuda—. La verdad es que me alegro muchísimo de que Brigitte haya decidido visitarme.

—Siento de veras no haberme enterado a tiempo para asistir al entierro —se lamentó Brigitte—. Pero estoy segura de que Kemal estuvo bien acompañado en esa ocasión. La presencia o la ausencia de una sola persona no habría alterado nada.

—Aparentemente suele ser así —asintió Mérier—, pero hay personas cuya presencia o ausencia siempre se nota. Y tengo la sensación de que usted es de esa clase de personas.

—Realmente es usted muy amable, *Monsieur* —sonrió Brigitte —. Espero que mi presencia en su casa durante unas pocas horas no le cause fastidio.

—Todo lo contrario. Precisamente, le decía a Altea cuando nos anunciaron su visita que tenía deseos de conocerla a usted, como periodista y como persona. En ambos sentidos ha despertado siempre mi admiración… y mi curiosidad, sinceramente. Si por mi fuese se quedaría en esta casa como invitada de modo indefinido.

—Querida, realmente está en buenas manos —rió Brigitte, mirando a Altea Botak—, de modo que me ratifico en mi intención de regresar a París después del almuerzo.

—Oh, quédese por lo menos hasta el té —pidió Altea.

—Me sumo a esa petición —dijo Mérier.

—Acepto encantada. Pero quisiera emprender el regreso a París a una hora que me evitara tener que viajar de noche.

—Calcularemos el tiempo —aseguró Mérier—. Y soy un experto

en eso, pues como es fácil de comprender realizo frecuentes viajes entre Chevilly y París. ¿Sabe lo que me tiene intrigado, señorita Montfort?

—Por supuesto.

—¿Lo sabe? —Se sorprendió Mérier—. ¿Realmente?

—Usted quisiera saber cómo me he enterado del paradero de Altea, ¿no es así? Lamentablemente, no puedo decírselo, pues eso sería traicionar la confianza y la amistad de una persona que se ha comprometido para hacerme este favor. Por otro lado, *Monsieur*, como usted ya debe de saber, en determinadas profesiones jamás resulta conveniente revelar las fuentes de información. Entre esas profesiones podemos citar las de periodista… y diplomático, por ejemplo.

—Señorita Montfort —casi rió Mérier—, estoy seguro de que las horas que permanezca usted en mi casa nos resultarán a Altea y a mí no sólo reconfortantes, sino encantadoras. Y me permito insistir en que se quede varios días como invitada.

—Me gustaría. Pero me están esperando en otro lugar, y no sería correcto por mi parte no acudir a esa cita…

—Gracias por su amabilidad —dijo Mérier, girando levemente en el asiento para mirar a sus anchas a la señorita Montfort—. Y espero que no lo considere un abuso por mi parte.

—¿A qué se refiere? —se sorprendió ella.

—Me ha evitado la molestia de conducir desde Chevilly a París al aceptarme como pasajero en su coche.

—Oh, vamos —protestó Brigitte—, no se ponga antipático ahora, Giscard.

—¿Antipático? ¿Por qué dice eso?

—Me está tratando como a una tonta. En primer lugar, usted ha venido a París en mi coche no para ahorrarse conducir, sino para acompañarme por si se hacía de noche guiarme por estas carreteras que sin duda conoce usted muy bien, y por supuesto mejor que yo. Después, está el hecho de que al venir en mi coche va a encontrarse en París sin coche para regresar a Chevilly. En tercer lugar…

—Tengo otros dos coches en París —sonrió Mérier—, así que eso no es problema.

—Era de esperar. Y en tercer lugar, usted y yo hemos hecho el

viaje conversando muy agradablemente de cosas variadas e interesantes, pero tengo la sensación de que usted todavía no ha dicho lo que realmente quería decirme… a solas; es decir, sin la presencia de Altea.

—Verdaderamente —murmuró Mérier—, a usted no se la puede tratar… de modo normal, Brigitte.

—De modo normal, sí.

—Es que el modo normal de tratar a las mujeres es como si fuesen tontas.

Brigitte se quedó mirando incrédulamente al diplomático francés.

—Cielos —dijo, atónita—… ¡no me diga que es usted uno de esos cretinos machistas, Giscard!

—Yo no. Kemal lo era.

—Ah, ya. Sí, un poquito. Es verdad: pese a su cultura y a sus… modales tan mundanos, Kemal era un poquito machista. Bueno, nadie es perfecto.

Pero… ¿era esto lo que quería decirme sin la presencia de Altea?

Giscard Mérier miró fuera del coche. Se habían detenido frente al hotel de Brigitte, lugar que, ciertamente, no se prestaba a estacionar el coche. De hecho, ya estaban molestando a otras personas, que hacían sonar con cierto comedimiento los cláxones de sus vehículos.

La iluminación de París era como dorada, matizada por las luces de los automóviles.

—Tal vez podríamos hablar en otro lugar —propuso Mérier—… Por ejemplo, podríamos ir a algún sitio a tomar un aperitivo. Incluso se me ocurre que podríamos cenar juntos.

—¡Qué inesperada y luminosa idea!

Se quedaron mirándose, y, de pronto: los dos se echaron a reír. Brigitte dio una afectuosa palmadita en una mano de Mérier.

—¿Le parece bien que dejemos ya de darle vueltas al asunto, Giscard? Dígame qué desea de mí realmente, y estoy segura de que llegaremos a un buen entendimiento.

—Es sobre Altea. Yo le agradecería a usted que no la pusiera al corriente de sus investigaciones. Ella, igual que lo fue Kemal, es una antigua amiga, y no quisiera aumentar su tristeza… ni provocar su disgusto.

—No entiendo nada.

—He supuesto que usted va a iniciar unas investigaciones en torno a la muerte de Kemal. En ese caso, posiblemente se enteraría de algunas pequeñas cositas de él que podrían disgustar a Altea. Si así fuese, por favor, no le diga a ella nada de lo que descubra.

—¿Por ejemplo?

—Tal vez usted, como periodista… con buenas fuentes de información, podría llegar a saber algunas de las cosas ocurridas en Grecia, y que impulsaron a Kemal a suicidarse. Por ejemplo, tengo entendido que él no estaba solo allá, en aquel hotel, el Partenón.

—¿Con quién estaba?

—Con una jovencita.

—¡Oh, vamos…! —rechazó en el acto Brigitte.

—Desde hacía algún tiempo, Kemal me había venido pidiendo algunas cantidades no demasiado importantes de dinero, sin que jamás me diera explicaciones respecto a sus necesidades. En estos tres últimos días me las he arreglado para tocar el tema económico con Altea, y he sabido que a los Botak les iban muy bien las cosas en ese sentido: no tienen hijos, no son personas de grandes apariencias, él tenía un buen sueldo además de algunas pequeñas rentas… En definitiva, sólo se me ocurre una razón para que Kemal me fuera pidiendo dinero.

—Que tenía unos gastos que no quería que fuesen conocidos por Altea.

—Sí. Realmente, es usted muy perceptiva.

—Es cierto, lo soy. Dígame de dónde ha sacado usted la idea de la existencia de esa jovencita.

—Hace un par de semanas, Kemal me pidió otra cantidad. Le dije que me parecía que se estaba excediendo en el uso de nuestra amistad, y que, francamente, no me parecía conveniente continuar prestándole cantidades que, por otra parte, me parecían a fondo perdido. Me contestó que eso iba a terminar pronto, que en breve iba a sostener una entrevista que decidiría su futuro en todos les sentidos, y que a partir de ese momento ya no me molestaría.

—Sigo sin ver a la jovencita por parte alguna. ¿No se estaría refiriendo Kemal a otra cosa?

—¿A qué otra cosa? —se sorprendió Mérier.

—Pues no sé, pero me imagino que los hombres no sólo piensan

en las mujeres, Giscard. También deben de tener otros ideales, proyectos, ambiciones…

—Pero no Kemal.

—O sea, que cualquier cosa extraordinaria que hubiera surgido en la vida de Kemal Botak, tiene que ser una mujer. Está bien, vamos a aceptar que él necesitaba ese dinero que le pidió a usted para irse a Grecia a pasar unos cuantos días con esa jovencita. ¿Quién es ella y por qué en ningún momento nadie ha mencionado su existencia?

—Evidentemente, fueron allá por separado, y supieron relacionarse digamos… con gran tacto y discreción. Sin embargo, las cosas terminaron por deteriorarse, es decir, que no salieron a gusto de Kemal…, y éste se suicidó. Estas cosas ocurren. La vida no es tan simple como a veces nos parece.

Brigitte Montfort, que se había quedado mirando fijamente a Mérier, terminó por asentir con un gesto, inescrutable su expresión.

—No era mi intención investigar la vida de Kemal Botak —dijo —, pero pierda usted cuidado: si me enterase de alguna cosa parecida a ésa, no se la diría a Altea.

—Sabía que lo comprendería. Gracias, Brigitte, Y ahora, si me permite que la invite a…

—Será en otra ocasión. Esta noche tengo que hacer un par de llamadas, escribir un pequeño artículo, y, por la mañana, tengo que madrugar para tomar el avión. Francamente, prefería retirarme temprano a descansar.

—Lo comprendo. Sí, será mejor dejarlo para otra ocasión…, y espero que no olvide esta promesa.

—Le tendré a usted muy presente en mi próxima visita a París —aseguró la divina espía.

Se apeó del coche, sin dar tiempo a Mérier ni tan siguiera a intentar apearse antes para abrirle la portezuela. Un empleado del hotel se llevó el coche, y, en la entrada, Brigitte le tendió la mano al diplomático.

—Gracias por todo, Giscard.

—No olvide su promesa —murmuró él.

Besó la mano de la periodista, y la estuvo observando mientras ella entraba en el hotel. Luego, Giscard Mérier dio media vuelta, y se alejó lentamente. Al poco, tomó un taxi. Veinte minutos más

tarde, se apeaba de éste en los Campos Elíseos, frente a cierta cafetería de lujo, en la cual entró, ajeno al rutilante espectáculo de una de las avenidas más famosas del mundo. Se acomodó en un taburete y pidió un aperitivo. Todavía no se lo habían servido cuando un hombre se sentó a su lado. Un hombre quizá cinco años mayor que Mérier, alto, apuesto, atractivo, de mirada inteligente y reposada.

—¿Has averiguado algo concreto? —preguntó.

—Al parecer, no tiene intención de profundizar en el asunto —replicó Mérier—. Simplemente, es amiga de los Botak, se ha enterado de lo sucedido, y ha pasado por París haciendo un desvío de otro viaje que ya tenía programado, para ver a Altea y expresarle sus condolencias. No piensa investigar.

—Mejor.

—Es una persona absolutamente fuera de serie —aseguró Mérier —. Se me ha ocurrido que podríamos integrarla en el grupo.

—No. Nada de mujeres.

—Ella no es, ni mucho menos, una mujer… normal. Lucien, te lo aseguro, esa mujer tiene una inteligencia impresionante, como… como luminosa. Pero no es solamente inteligente. Es su modo de pensar, de reaccionar, de ver las cosas y de analizarlas… He estado varias horas con ella, y he tenido suficiente para comprender por qué es una de las personas que están en la cima.

Mientras Giscard Mérier hablaba, le sirvieron el aperitivo. Su amigo y colega Lucien Saint Cyre pidió lo mismo para él, esperó a que el camarero se alejase, y murmuró:

—Mientras tú ibas conociendo a esa mujer, yo me he ocupado de ella, en otro sentido. En primer lugar, la matrícula de su coche que me facilitaste por teléfono me ha servido para saber que es alquilado; o sea, que no pertenece a persona o entidad alguna que deba inquietarnos. Y en segundo lugar, al indagar sobre ella digamos hacia las alturas provoqué una reacción inmediata y tajante: se me dio la orden de que por nada del mundo nos relacionemos en ningún sentido con la señorita Montfort.

—¿Por qué?

Lucien Saint Cyre encogió los hombros.

—No me dieron explicaciones, sólo la orden. Y me la repitieron, Giscard: no relacionarnos con ella por nada del mundo en ningún

sentido. *Ça va*?

—Sí, entendido. Es extraño, ¿no?

Le sirvieron el aperitivo al aristocrático Lucien Saint Cyre. Éste encendió parsimoniosamente un cigarrillo, como ajeno a la vida alrededor. De pronto, miró fijamente a Mérier.

—Sea o no sea extraño, yo obedeceré. No tengo ningún deseo de seguir el camino de Kemal Botak.

—Yo tampoco. Me gustaría saber qué es lo que pasa exactamente con Brigitte Montfort.

—Créeme, no te compliques la vida. Y si pensabas cenar con ella, o…

—No. Tiene que partir mañana temprano.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé. He supuesto que hacia Nueva York.

—Por un momento se me ha ocurrido que podría haber tenido la idea de ir a Grecia.

—Maldita sea: ¿por qué Kemal tuvo que complicar las cosas de ese modo? —masculló Mérier.

—Deja de preocuparte. Sabes muy bien que todo está bajo control, y que nadie va a investigar más de la cuenta. Y si alguien lo hace que se atenga a las consecuencias.

Capítulo IV

La vulgaridad del Hotel Neptuno terminaba precisamente en el nombre. Después de esto, no tenía nada de vulgar, pues resultaba un edificio blanco y moderno, con toldos azules, un bello jardín rodeando una amplia piscina de forma caprichosa y extendiéndose hacia la entrada principal del edificio, y, delante mismo, el mar. Situado en la salida sur de la localidad llamada Nea Michaniona, el Hotel Partenón era uno de esos lugares simpáticos y tranquilos que sugerían precisamente lunas de miel y agrado de vivir. O sea, que nada más verlo la señorita Montfort pensó que quizá sí el buen Kemal hubiera ido allí con una jovencita. ¿Por qué no? Todos somos humanos, y los humanos tienen muchas flaquezas y debilidades, ¿no es cierto? Eso aparte, Kemal Botak no habría sido el único marido que habría dedicado años de su vida a engañar a su esposa relacionándose con jovencitas complacientes…

¿Por qué no?

¿Por qué no admitir que Kemal Botak había ido allí con una jovencita a la que posiblemente pensaba pedirle que compartiera con él el resto de su vida, dando a ésta un giro que habría sorprendido a muchísima gente…, empezando por la esposa, Altea?

¿Por qué no?

Podía haberse tratado de esto, ¿no es cierto? Kemal Botak acude al Hotel Partenón, se encuentra, allá con la jovencita en cuestión, le hace la propuesta de vivir juntos el resto de su vida, y cuando ella le dice que eso no, él se pega un tiro en el corazón.

¿Por qué no?

—Ah, sí, señorita Montfort —dijo el conserje del Hotel Partenón, en muy buen inglés—, recibimos su petición de reserva, y nos satisface mucho poder complacerla.

—Estupendo, muchas gracias —sonrió la viajera norteamericana —… ¿Quizá mi suerte es completa y mi habitación tiene vistas al

mar?

—Así es —sonrió el conserje—. Puede disponer usted de una hermosa y encantadora *suite*.

—Hermosa y encantadora *suite* —pareció paladear la señorita Montfort—. Eso me ha gustado mucho. Bien, vamos allá.

Un botones se hizo cargo del equipaje de la señorita Montfort, que, por otra parte, era más bien reducido: un par de maletas y un maletín rojo con florecidas azules estampadas era todo cuanto portaba la señorita Montfort. El esfuerzo de transportar las dos maletas se vio muy bien recompensado por una propina auténticamente generosa.

Ya a solas en su *suite*, que constaba de salita, dormitorio con baño y terraza, la señorita Montfort efectuó un somero pero riguroso examen visual de su alojamiento, y acto seguido salió a la pequeña terraza protegida del sol vespertino por el toldo de color azul. El mar, frente a ella, se deslizaba por una playa de arenas agrisadas. El mar era hermoso, el sol de la tarde era hermoso, la vida era hermosa. Y en un lugar como aquel Kemal Botak se había encerrado en una habitación como aquella y se había pegado un tiro al corazón.

Brigitte regresó al interior de la *suite*, y recurrió a la radio de bolsillo para llamar a Simón, tras asegurarse de que la onda de su radio era la adecuada a la zona, más la pequeña variación que se adoptaba para trabajos por parejas en solitario.

La radio de Baby emitió su zumbido de llamada. La radio de Simón no contestó. Baby repasó de nuevo la radio, punzón en mano y observando atentamente las placas por si debía hacer alguna corrección. No, no era necesario, todo estaba bien.

Volvió a llamar.

—¿Simón? —susurró—. ¿Está ahí, Simón?

Silencio. Silencio absoluto. Era como si estuviese llamando al absoluto vacío. Como si la radio de Simón no existiera. ¿Tal vez el propio Simón había decidido prescindir totalmente de ella por algún motivo bien fundado? Podía ser, ciertamente. De modo que la señorita Montfort no insistió en la llamada. Se duchó, puso todo en orden en su habitación, se vistió con discreta elegancia adecuada al lugar y a la hora, y, tras prohibirse a sí misma hacer otra llamada por la pequeña radio, abandonó la *suite*.

Un par de minutos más tarde, aparecía en el bar-terraza del hotel, como siempre sin conceder importancia al hecho de que una docena de corazones masculinos se colocaran al borde del infarto. Sabiéndose observada, pero ya acostumbrada e indiferente a ello, la señorita Montfort ocupó una mesita. Si Simón estaba en el hotel en aquellos momentos no podía tardar en aparecer y entonces ella iniciaría el contacto cuando fuese oportuno.

Al camarero que se acercó, la señorita Montfort le pidió una copa de champán brut, como aperitivo.

A la hora de la cena, Simón no había aparecido.

Cuando Brigitte Montfort terminó de cenar, Simón no había aparecido. Cuando, hacia las once y media de la noche, tras tomar unas copas en el bar y hacer relación con un par de matrimonios americanos y uno inglés, la señorita Montfort decidió retirarse a descansar, Simón todavía no había aparecido.

¿Tal vez estaba realizando alguna gestión o investigación fuera del hotel precisamente aquel día?

Podía ser.

Casi a las doce de la noche, ya en su habitación, y ataviada con la encantadora camisita azul de dormir, Baby volvió a llamar a Simón. Pero Simón, el sólido y sobrio Simón que había conocido en Atenas y que decía disponer de documentos griegos a nombre de Aleko Nipoulos, no contestaba. La señorita Montfort, que realmente estaba fatigada de tantos viajes en avión y en automóvil, decidió dormir unas horas antes de seguir insistiendo.

A las cinco de la mañana despertó, y efectuó la llamada a Simón. Silencio total. A las nueve de la mañana, Simón seguía sin contestar. A las diez, la señorita Montfort abandonó su *suite*, ataviada con un bikini y, encima de éste, un albornoz blanco con unas rosas rojas bordadas sobre el seno izquierdo. A las once de la mañana, la señorita Montfort había nadado en la playa y se hallaba tomando el sol acomodada en una extensible junto a la piscina. Simón no aparecía por parte alguna.

La señorita Montfort se puso el albornoz, entró en el hotel, y se acercó al mostrador de conserjería.

—¿Será tan amable de llamar al señor Nipoulos a su habitación y decirle que le estoy esperando? —pidió al conserje.

—¿El señor Aleko Nipoulos? —se aseguró el conserje.

—Sí, exactamente.

—El señor Nipoulos se fue del hotel, señorita Montfort.

—¿Se fue del hotel? ¿Cuándo?

—Anteanoche.

Brigitte parpadeó, como una jovencita turbada que no entiende nada.

—No debemos de estar hablando de la misma persona —dijo—. Tal vez haya otro señor Nipoulos y usted lo está confundiendo.

El conserje era muy amable. Tecleó en el ordenador de recepción, miró a la señorita Montfort, y dijo:

—El señor Aleko Nipoulos llegó al hotel ahora hace cuatro días. Se fue anteanoche. No hay ningún otro señor Nipoulos en el hotel.

—Vaya… ¿Dejó algún recado?

—No.

—Pero… ¿quiere decir que se fue con sus cosas, es decir, como quien no va a volver?

—Efectivamente. Pidió la cuenta, la pagó, y se fue. Todo está en el ordenador. ¿Desea convencerse por usted misma?

La señorita Montfort asintió, pasó a mirar el monitor del ordenador y vio allí confirmado todo cuanto le decía el conserje, que la contemplaba siempre amablemente, pero quizás en el fondo un tanto mosqueado. La señorita Montfort le agradeció su amabilidad, y volvió a la piscina, donde estuvo tomando el sol hasta el mediodía. Entonces, se retiró a su *suite*, se duchó, se vistió… y subió al piso siguiente, donde estaba la habitación 406, la cual, según el ordenador, había estado ocupada por el señor Aleko Nipoulos durante dos días y una noche.

Sin problema alguno, Baby abrió la puerta de la habitación 406 con una ganzúa, y entró, cerrando inmediatamente. En efecto, tal como había visto en el monitor del ordenador, la habitación no estaba ocupada por nadie. Es decir, que desde que Simón se había marchado permanecía cerrada. También estaba orientada hacia el mar, y Brigitte se acercó a las entornadas puertas-persianas de la terraza, por entre las cuales miró hacia el refulgente azul del mar que parecía hervir de sol.

De espaldas a la salida a la terraza, la señorita Montfort permaneció de pie mirando todo el entorno durante no menos de tres minutos, escrutando cada detalle, sin divisar nada de particular.

Luego, examinó con más detenimiento todavía el cuarto de baño.

Finalmente, abrió el armario, que estaba vacío, a excepción de algunas perchas con el nombre del hotel grabado.

Evidentemente, Simón se había marchado. Pero… ¿sin dejarle ningún mensaje a la agente Baby? Imposible. En alguna parte, de alguna manera, Simón tenía que haber dejado una explicación para Baby. Y si no era así sólo podía ser debido a una cosa: no se había marchado, sino que lo habían eliminado. Si Simón no había dejado ningún mensaje era porque había sido imposible hacerlo, por tanto, había perdido el control de la situación.

Tampoco había nada dentro del armario.

Todavía durante cinco o seis minutos más Brigitte estuvo examinando la habitación, amplia y confortable, pero que constaba de una sola pieza, no de dos, como su *suite*. No había nada allí. Todo en orden. De modo que, finalmente, abandonó la habitación 406…

¿Todo en orden?

Se quedó como clavada al suelo del pasillo, todavía sin cerrar la puerta de la habitación. Cuando reaccionó, fue para entrar de nuevo. Se quedó mirando uno de los sillones, que estaba muy cerca de una pared y orientado hacia ésta. No había nada en aquel trozo de pared que pudiera ser contemplado. No había luz alguna junto al sillón para que éste pudiera ser considerado como lugar de lectura preferido. Simplemente, aquel sillón, estaba vuelto hacia la nada, dando la espalda a la puerta y al centro de la habitación.

La señorita Montfort se acercó al sillón, se sentó en él, y miró la pared que tenía enfrente.

Seguro: no había nada allí. ¿En el techo, tal vez? No, tampoco allí había nada. ¿A derecha, a izquierda…? No, nada. La mano derecha de la espía más audaz y peligrosa mundo se deslizó hacia la juntura del asiento y el respaldo del sillón, y buscó allí.

Allí.

Allí estaba.

Retiró el objeto, que era un encendedor. Cielos, un encendedor, qué deliciosamente clásico. Pero… ¿realmente era un encendedor con cámara fotográfica propia de un espía, o, simplemente, era un encendedor que había quedado allí olvidado o perdido por algún cliente del hotel?

Un simple examen visual más atento convenció a Brigitte de que era un encendedor con cámara fotográfica oculta.

Dos minutos más tarde, Baby estaba en su *suite*, colocando las placas de su pequeña radio de modo diferente, es decir, de modo que asumía la onda normal de la zona. Accionó el resorte de llamada.

Casi enseguida sonó una voz masculina en la radio, pero expresándose en griego.

—No hablo griego —dijo Brigitte—. ¿Habla usted inglés?

—¿Quién es usted? —inquirió el hombre, en inglés.

—Baby.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, de nuevo la voz del hombre:

—Y yo soy Superman. Bromitas, no, encanto. ¿Quién eres?

—Soy Baby, Simón. Y si usted quiere saber hasta qué punto estoy enfadada sólo le diré que un compañero nuestro llamado Simón ha desaparecido. ¿Me he explicado bien?

—Ya lo creo que sí —cambió el tono de voz del interlocutor de la divina espía—. ¿Dónde está usted?

—En Nea Michaniona. ¿Y usted?

—En Salónica.

—Eso está apenas a quince millas de aquí, ¿no es cierto? Es decir, que podríamos encontrarnos en un plazo de media hora a mitad de camino entre su lugar de residencia y el mío.

—Por supuesto. Dígame dónde quiere que nos encontremos exactamente.

—Dígamelo usted a mí, que conoce mejor la zona. Yo estoy en el Hotel Neptuno de Nea Michanióna, y tengo un coche que alquilé al llegar al aeródromo de Salónica. ¿Hacia dónde y por qué ruta me dirijo?

El encuentro tuvo lugar a mitad de camino entre Tesalónica (o Salónica) y Nea Michaniona, en una explanada cercana a la carretera a la salida sur de la pequeña localidad de Perea. Simón llegó en un coche Lada de lo más discreto, vio estacionado el coche de alquiler cuyas características le había indicado Brigitte por radio, y se dirigió hacia allá.

Llegó y se sentó junto a la espía, que le tendió la mano. Simón la

aceptó como guíen recibe un enorme privilegio. Pero había en sus ojos una cierta expresión de perplejidad que hizo sonreír a Brigitte.

—Me conoce, ¿verdad? —inquirió.

—Pues… Bueno, no estoy muy seguro, pero creo que usted es…

—Soy Baby, eso es todo.

—Sí, comprendo. De acuerdo. ¿Cuál de nuestros compañeros ha desaparecido?

—Como es natural no conozco su nombre auténtico, para mí él es un Simón, igual que usted. Pero entiendo que utilizaba con alguna frecuencia el nombre de Aleko Nipoulos.

Simón-Salónica lanzó una exclamación.

—¡No me diga que Eddie ha desaparecido! —Se mostró incrédulo.

—No he mencionado para nada ningún Eddie. He dicho Simón, alias Aleko Nipoulos.

—Sí, claro… Ya. Mire, le diré una cosa: hace tiempo que conozco a… Aleko Nipoulos, y le aseguro que no es persona de comportamientos extraños. Sencillamente, su desaparición significa que le ha ocurrido algo que él no ha podido controlar.

—Sin embargo, sí pudo dejarnos un pequeño obsequio —Brigitte mostró el encendedor-cámara—. Necesito que me revele usted estas microfotos cuanto antes. Naturalmente, deberá ampliarlas. ¿Cuánto calcula que tardará en hacerlo?

—Depende de si encuentro en Salónica a… a otro amigo. Pero tenga por seguro que me daré prisa. De todos modos, es posible que transcurran un par de horas, entre una cosa y otra.

—Demasiado tiempo para dejarlo transcurrir sin hacer nada, en estas circunstancias. Me imagino que Aleko no se ha puesto en contacto con usted estos días pasados.

—No, en absoluto. Hace unos cuantos meses que no nos vemos. Procuramos hacerlo muy de tarde en tarde.

—Claro. Mire, Simón, yo voy a regresar al hotel, por si Aleko apareciera, o de alguna manera me hiciera llegar algún mensaje. Además, intentaré algunas discretas indagaciones por mi cuenta… Cuando usted tenga las fotos tráigamelas al Hotel Partenón… Pero llámeme antes, por si no fuese conveniente otro contacto directo, como el de ahora.

—Muy bien —Simón-Salónica estuvo pensativo unos segundos,

y, de pronto, sonrió secamente y miró los azules ojos de su admirada colega—… No se preocupe demasiado por Aleko: le aseguro que es un sujeto muy duro de pelar.

—Le voy a decir a usted una cosa al respecto —susurró Brigitte —: nadie es duro de pelar, Simón. Se le pela y basta.

Entró en su *suite*, y pensó en la conveniencia de tomar una ducha antes de bajar al comedor.

Se encaminó hacia el dormitorio, entró…, y su mirada, lentamente, fue hacia la puerta del cuarto de baño, donde quedó fija.

SABÍA que había alguien tras aquella puerta. Lo SABÍA.

Por un instante, pensó que podía ser Simón-Aleko, pero los muchos años de experiencias y sobresaltos la habían programado demasiado bien para cometer un fallo en aquel sentido. De modo que se alzó la falda, despegó del muslo izquierdo la pistola de cachas de madreperla, y apuntó hacia el cuarto de baño, firme el pulso como si su brazo fuese una viga de hierro.

No dijo nada. Simplemente, esperó.

Y ni siquiera habían transcurrido veinte segundos cuando la cabeza de un hombre asomó por el hueco de la puerta, que se había abierto lenta y silenciosamente. El hombre vio a la hermosa americana, distinguió enseguida la pistola, y respingó fuertemente, metiendo de nuevo la cabeza dentro del cuarto de baño.

—Salga de ahí —ordenó Brigitte—… Salga inmediatamente.

—No dispare —sonó tensa la voz del hombre, en aceptable inglés—… La estaba esperando, soy un amigo.

—Amigo… de ¿quién?

—Del señor Nipoulos.

—Muy bien. Salga. Con las manos sobre la cabeza.

El hombre obedeció. Parecía tener poco más de cuarenta años, era menudo, moreno, dotado de una espléndida cabellera muy rizada y unos ojos pequeños y negros que ahora se abrían con susto. Era, considerando el nivel de la persona que le estaba apuntando con una pistola, un pobre hombre, en absoluto un enemigo inquietante para la agente Baby.

—¿Qué está buscando en mi *suite*? —inquirió Brigitte.

—La buscaba a usted… He sabido que ha estado preguntando

por el señor Nipoulos, y pensé… que nuestros intereses podrían coincidir.

La espía sonrió en verdad divertida.

—Es muy posible. A decir verdad, mis intereses han coincidido en muchas ocasiones con personajes bastante más insólitos que usted. ¿Cómo se llama?

—Andreas… Andreas Kaponos. Le aseguro que soy amigo del señor Nipoulos.

—Le creo, le creo. Pero… ¿no se le ha ocurrido pensar que quizá sea yo quien no sienta amistad hacia el señor Nipoulos?

—Claro que no. Si usted tuviera malas intenciones con respecto a él no se habría interesado abiertamente por el señor Nipoulos.

—Es usted todo un psicólogo. Muy bien, Andreas, siéntese ahí y explíqueme detalladamente sus relaciones de amistad con el señor Nipoulos. Y no omita absolutamente nada. No tema aburrirme: me gusta escuchar.

Cinco minutos más tarde, la señorita Montfort, sentada en el borde de la cama frente a Andreas Kaponos, que se había sentado en un sillón, estaba al corriente de las relacionas Kaponos-Nipoulos. Aleko había llegado discretamente al hotel, y enseguida había hecho contacto y oferta a Kaponos, que era un empleado del Partenón. La oferta consistía en dinero a cambio de información. Como la cantidad ofrecida por Aleko era en verdad sustanciosa, Andreas había aceptado enseguida, y había conseguido para Aleko la siguiente información: los máximos detalles del modo en que fue hallado al diplomático turco Kemal Botak en su habitación, con un tiro en el corazón, qué autoridades habían intervenido aparte de la Policía; qué clase de personas se habían relacionado con el señor Botak; una lista de los clientes del hotel en aquellas fechas, lista que Andreas había conseguido utilizando la impresora del ordenador del hotel; qué personas se habían interesado por lo sucedido al señor Botak; qué personas y desde dónde le habían llamado por teléfono…

Cuando Andreas terminó, la señorita Montfort estuvo pensativa unos segundos. Por fin, murmuró:

—Evidentemente, el señor Nipoulos hacía muchas preguntas, ¿verdad?

—Pero pagaba muy bien. Y es un hombre simpático.

—Sí —sonrió Brigitte—, lo es, aunque no lo parece al primer golpe de vista. ¿Le facilitó usted a Aleko toda esa información?

—Prácticamente toda.

—Muy bien. Respecto a las personas que se relacionaron de un modo u otro con el señor Kemal Botak en el hotel… ¿había alguna dama, posiblemente una jovencita?

—No. Él sólo se relacionó con hombres.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño la divina.

—Oh, no, nada de homosexualismo, no… Eran hombres muy agradables, a los que él parecía conocer bien. Como viejos amigos.

—Ya. Volvamos al señor Nipoulos. Tengo entendido que él pidió la cuenta y se marchó, simplemente.

—Bueno, no tan simplemente, me parece a mí.

—Ah, ¿no?

—Quiero decir que se fue con tres hombres. Él pidió la cuenta, es cierto. Salió del hotel y se metió en un coche que esperaba cerca. Detrás de él se metieron en el coche otros dos hombres. Primero pensé que eran amigos suyos, pero luego, reflexionando, me parece que no lo eran.

—¿Por qué cree eso?

—Porque el señor Nipoulos pasó cerca de mí, me miró, y talmente fue como si jamás en su vida me hubiera visto, como si no me conociera de nada. Eso me sorprendió en él. Luego, se me ocurrió que quizás él tenía problemas y no quería que yo también los tuviese por tener tratos con él, de modo que fingió no conocerme… ¿Le parece que estoy diciendo alguna tontería?

—No. Ni mucho menos. O sea, que se fue en un coche con tres hombres, uno de éstos al volante y los otros dos en el asiento de atrás con él. ¿Qué clase de hombres diría usted que eran? ¿De la Policía, quizá?

—Desde luego que no.

—Entiendo. ¿Los reconocería si volviera a verlos?

—¡Ya lo creo! Por eso me he escondido en su *suite*. He visto merodeando por aquí a los dos sujetos que se fueron con el señor Nipoulos, quiero decir a los que se sentaron con él en el asiento de atrás del aquel coche… Los he visto, los he reconocido en el acto, y… me ha entrado miedo. Estoy seguro de que me he metido en algún asunto peligroso, y puesto que usted me parecía amiga del

señor Nipoulos me pareció que estaría seguro a su lado, o que cuando menos me orientaría respecto a qué ocurre y qué puedo hacer.

—Es usted muy cauto y muy inteligente, Andreas.

—Si fuese tan inteligente no me habría metido en este lío —farfulló el griego.

—Pero tendría menos dinero —sonrió Brigitte—. Esos dos sujetos que le han asustado a usted… ¿están por el hotel?

—Sí. Y se me ha ocurrido que me están buscando a mí, pues hacían preguntas a otros empleados del hotel.

—Ya. Bien, vamos a ver a esos sujetos…

—¿Qué dice? —Respingó Andreas—. ¡Le aseguro que son gente de mala catadura, gente que…!

—No se preocupe por esos detalles —dijo suavemente la señorita Montfort—. Simplemente, vamos a salir de aquí, iremos al encuentro de ellos, y usted me los señalará. Todo lo que tiene que hacer luego es ponerse a salvo. ¿De acuerdo?

—Bueno… Pero sería mejor que usted se buscase alguna ayuda…

—Ya tengo ayuda —aseguró la espía—: mi Ángel de la Guarda siempre me ha echado una mano cuando se ha tratado de casos como éste. Andando, Andreas.

Salieron del dormitorio. Brigitte se detuvo para colocarse de nuevo la pistola sujeta al muslo por la tira de esparadrapo. Andreas, que se había vuelto, quedó fascinado por la belleza de las piernas femeninas, con la mano en el pomo de la puerta de la *suite*. Brigitte se irguió, dejando caer la falda, y el griego reaccionó. Abrió la puerta y se apartó, para ceder el paso a Brigitte.

En el umbral de la puerta quedaron visibles los dos hombres.

Capítulo V

Andreas, que continuaba mirando maravillado a la señorita Montfort, presintió la presencia de los dos hombres, los miró, y soltó un fuerte respingo, al tiempo que sus ojos se desorbitaban debido al sobresalto. Inmediatamente, se volvió de nuevo hacia Brigitte.

—¡Son…! —empezó a gritar.

Uno de los sujetos actuó veloz y drásticamente, aplicando a Andreas una feroz patada con giro que acertó al griego en los genitales y lo derribó hacia el centro de la salita de recibo. El otro rió, y, evidentemente ambos muy satisfechos de sí mismos, se dispusieron a entrar en la *suite*, iniciando el gesto para sacar sus pistolas de la funda axilar.

La hermosa, elegante, encantadora y aparentemente frágil señorita Montfort les dio un susto de muerte. Y nunca mejor dicho: metió velozmente la mano bajo la falda, empuñó de nuevo la pistola, y cuando los dos sujetos todavía estaban desconcertados y con las manos tocando sus armas, ella les apuntó y disparó rápidamente dos veces, plof, plof.

Una de las balas se hundió en el centro de la frente de uno de los sujetos, que retrocedió apenas y quedó de pie, como apoyándose en el marco de la puerta para descansar un ratito. El otro tuvo mejor suerte, pues el mismo sobresalto le hizo moverse, con lo que la bala que le habría acertado posiblemente en el corazón, le alcanzó en un hombro…, o quizá fue que la señorita Montfort quiso meter la bala precisamente y justamente donde la metió, esto es, en el hombro derecho del sujeto, que lanzó un sordo bramido de dolor, retrocedió, y giró velozmente hacia su derecha, desapareciendo del campo visual de la espía americana.

Ésta quedó apuntando hacia el hueco de la puerta. Tendido de costado en el suelo, demudado el lívido rostro debido al dolor y al

miedo, Andreas la miraba, con expresión desorbitada. Luego, el griego miró hacia el sujeto que seguía apoyado en el marco de la puerta, con los ojos abiertos y como vitrificados. De nuevo miró a la señorita Montfort…

En el pasillo se oyeron unos torpes pasos alejándose. La señorita Montfort esperó unos segundos, por fin se asomó al pasillo, asintió, y con la mano izquierda agarró al sujeto muerto por la ropa del pecho. Con una fuerza que dejó pasmado absolutamente a Andreas, Brigitte introdujo al sujeto muerto en la *suite*, y lo depositó silenciosamente en el suelo. Miró a Andreas.

—Quédese aquí, encerrado con este sujeto —dijo—. No abra a nadie, no llame a nadie, no haga saber a nadie que está aquí… Simplemente, quédese aquí quieto y callado. ¿Me ha entendido?

Andreas Kaponos consiguió tartamudear que sí, y la señorita Montfort abandonó le *suite*, descendiendo rápidamente al vestíbulo del hotel, que cruzó rápidamente. Cuando salió a la pequeña explanada para llegada de coches, pudo ver perfectamente al sujeto herido, alejándose con paso vivo. Se había puesto un pañuelo en la herida del hombro, de modo que, aunque esto podía llamar la atención resultaba mucho menos llamativo que haber aparecido manchado de sangre visiblemente…

El sujeto alcanzó un coche, un pequeño Fiat, y se metió dentro, ante el volante. El coche arrancó.

«—De modo que esta vez sólo habéis venido dos», pensó Baby.

Fue adonde había dejado su coche, se metió dentro, lo puso en marcha, y partió en pos del pequeño Fiat.

Su siguiente acción habría puesto de punta los pelos a Andreas Kaponos, y, por supuesto, se los puso al sujeto del Fiat, el cual había detenido el vehículo ante el primer semáforo de la entrada a la población de Nea Michaniona. Lo que hizo Brigitte fue lo siguiente: apartó su coche del asfalto, dejándolo estacionado de cualquier manera pero fuera de la vía de circulación, y en un instante llegó junto al Fiat, se metió dentro ocupando el asiento de atrás, y apuntó con la pistola a la cabeza del sujeto, que se volvió a mirarla con ojos que casi se le salían de la cara.

—No se ponga nervioso —sonrió la espía mis peligrosa del mundo—, o esta vez no le dispararé al hombro, sino a la cabeza, como a su compañero. Mi puntería es infalible, se lo aseguro…

Arranque: ya tenemos luz verde.

El hombre obedeció. Por el retrovisor miró de nuevo a su inesperada pasajera, que a su vez le contemplaba con ojos expertos: un sujeto fuerte, bien vestido, armado, sin miedo a nada, pero no demasiado hábil ni inteligente. Conocía la estirpe: gente de alquiler, profesionales de primera fila para asesinatos y actividades parecidas…, pero no eran espías.

—No aparte las manos del volante salvo para tocar el cambio de marchas —advirtió Brigitte—. Y conduzca con cuidado.

—¿Hacia dónde?

—Usted ya sabe: hacia donde tienen a mi amigo Aleko Nipoulos. Y por el bien de usted será mejor que lo encontremos vivo y en aceptable buen estado… Aunque ya me imagino que lo han maltratado, ¿vendad? Cuando menos, lo han maltratado lo suficiente para que él no pudiera resistir más y les dijera qué hacía en el Hotel Partenón y por qué se interesaba por lo sucedido con Kemal Botak y quién le había estado apoyando en la obtención de información… De modo que en cuanto les mencionó a Andreas Kaponos, ustedes fueron a por él. ¿Correcto?

—Es usted muy lista —masculló el hombre, siempre en inglés.

—Más que usted. ¿No se les ocurrió pensar que Aleko Nipoulos tenía que contar con más ayuda que la que representa ese pobre empleado del hotel? ¿No se les ocurrió preguntarle quién más atendía con él este trabajo? De todos modos, me parece que él no me habría mencionado…, aunque supiera realmente cómo soy yo. Quiero decir, cómo soy físicamente, porque en lo temperamental sabe muy bien cómo soy y cómo las gasto. Quiero decir que en cuanto usted haga algo que no me guste le meteré una bala en la nuca, ¿me ha comprendido?

—Estoy con las manos bien a la vista, ¿no? —Gruñó el hombre.

—Sí —dijo casi dulcemente la espía americana—, pero no me refiero sólo a eso. Por ejemplo, si cuando estemos cerca del lugar donde tienen a mi amigo, se le ocurre tocar el claxon, o hacer señales de algún otro modo, yo interpretaré que está avisando a su otro amigo de que algo va mal para usted, y entonces, sin más consideraciones, le mataré. ¿Alguna duda?

El sujeto gruñó una negativa, y continuó conduciendo. Unos quince minutos más tarde detenía el coche frente a un pequeño

chalé rodeado de un jardín diminuto y cuyo aspecto no podía ser más descuidado, como el de la propia casa. La espía conocía el sistema: cuando se necesita una base de operaciones se busca una casa cerrada en las afueras de la localidad, que siempre hay alguna, y se entra en ella utilizando una ganzúa; se descansa allí unas horas o unos días, o se hace lo que se tenga que hacer, y luego se marcha uno, sin más…

—Ya hemos llegado —dijo el sujeto.

—Toque el claxon —ordenó Brigitte, encogiéndose en el asiento de atrás— y cuando salga su compañero dígale que está herido, y que venga a ayudarle.

El hombre vaciló. Brigitte apoyó la punta de la pistolita en su nuca. El hombre tocó el claxon.

A los pocos segundos se abrió la puerta de la casa, y apareció un sujeto de características parecidas al del volante. Eran gente como troquelados, unos idénticos a otros.

—¿Qué ocurre? —indagó el de la puerta, en italiano.

—Estoy herido —dijo éste, también en italiano—… Ven a ayudarme.

El otro caminó presurosamente, llegó junto al coche, y se inclinó hacia la ventanilla, vio la mancha de sangre en el hombro de su amigo…, y acto seguido distinguió la presencia de Brigitte irguiéndose en el asiento de atrás. Vio la pistola con que la bellísima desconocida le apuntaba a la frente.

Plof, disparó la agente Baby.

La bala se hundió entre las cejas del sujeto, matándolo en el acto y derribándolo de espaldas, como un saco. El herido, crispadas las manos sobre el volante, estaba pálido como un cadáver, y tan rígido como si llevase horas y horas realmente difunto. Ni siquiera consiguió acertar a reaccionar para intentar esquivar el golpe cuando comprendió que la mujer que tenía detrás se disponía a darle un buen trastazo en la cabeza. Ésta pareció explotar como si dentro hubiera estallado un trueno al recibir el golpe. El sujeto perdió el sentido en el acto.

Afuera todo era silencio y quietud. Hacía sol. Un día espléndido.

Brigitte se apeó, agarró al hombre muerto por la ropa del cuello, y lo llevó hacia la casa, en la que entró arrastrándolo. Llegó al comedor, vio a Aleko Nipoulos, y tras soltar al hombre muerto se

acercó a él. Aleko Nipoulos estaba desnudo completamente y amarrado con alambres a un sofá que había sido colocado del revés; parecía una víctima presta al sacrificio. Tenía sangre por todas partes, y quemaduras y golpes. Estaba tan lívido que parecía muerto. Brigitte se inclinó sobre él, y le besó suavemente en los labios. El agente de la CIA abrió los ojos, parpadeó, frunció el ceño, vio a la hermosa mujer de negros cabellos, volvió a fruncir el ceño, y finalmente masculló:

—¿Dónde demonios ha estado metida tanto tiempo?

—En París, alternando con diplomáticos.

—Claro. ¿Le ha ocurrido algo a ese desdichado de Andreas?

—Él está bien.

—Menos mal. No pude aguantar más, lo siento.

—Dedíquese a descansar —susurró Brigitte—: me ocuparé de usted enseguida.

Salió de la casa, para regresar arrastrando al desvanecido sujeto que había dejado en el coche. Retiró algunos de los alambres que sujetaban a Simón, y los utilizó para amarrar de pies y manos al herido desvanecido. Luego, se dedicó completamente a Simón-Aleko, liberándolo completamente de alambres y, por fin, dejándolo tendido en el sofá y tapado con una manta. Los ojos del espía seguían los movimientos de su colega allá donde ésta fuese, pero finalmente se cerraron. El relajamiento fue total, después del dolor, del sufrimiento. Quien también miraba en todo momento a Brigitte, desde que había despertado, era el herido. Tragó saliva cuando la bellísima y peligrosísima mujer se acuclilló a su lado.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió.

—Domenico Starti.

—Muy bien, Domenico: ¿para quién trabaja?

—Para Hendrick Miles.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En Roma… ¡Pero no sé dónde vive exactamente!

—En Roma. No se preocupe, que si él reside en Roma yo lo encontraré. ¿Está él en Roma ahora?

—Sí. Yo le llamé, advirtiéndole que un sujeto estaba indagando privadamente sobre el asunto del diplomático turco, y entonces él me envió a Jung y a Leponte para que nos ocupáramos de él, a ver quién era y qué pretendía.

—Entiendo que después del asunto del diplomático turco, usted se quedó en el hotel Partenón.

—Sí. Fue una idea de Miles, para estar seguros de que todo quedaba bien por aquí antes de abandonar el lugar definitivamente. Y fue una buena idea, porque apareció su amigo Nipoulos haciendo preguntas. De modo que lo sorprendimos en su habitación, le dijimos que hiciera su equipaje y se despidiera del hotel, o lo íbamos a dejar seco allí mismo. Él prefirió portarse con inteligencia, pidió la cuenta, salió del hotel, y nos acompañó aquí.

—Les acompañó. Ya. En cualquier caso, él es mucho más listo que ustedes. ¿No se dieron cuenta de que colocaba un sillón de forma poco usual, y que dejaba en él un encendedor?

—No… No.

—Pues lo hizo. Hablemos de Kemal Botak: ¿se suicidó… o fue «suicidado»?

—Bueno, él… fue suicidado. Miles nos lo ordenó. Rungs y Leponte entraron en su habitación, le sujetaron, y le mataron, dejándolo todo bien preparado para que pareciera un suicidio. Inmediatamente, Rungs y Leponte se marcharon, y yo quedé como retén en el hotel, para ver cómo se desarrollaban las cosas posteriormente.

—¿A qué se dedica ese Hendrick Miles?

—No lo sé. Bueno, quiero decir que él dirige un grupo de… especialistas como nosotros.

—Es decir, que tiene una… red de servicios especiales que pone a disposición de quien le pague adecuadamente esos servicios.

—Sí, sí.

—¿Y quién le ha pagado en esta ocasión a Miles para que preparara el asesinato-suicidio de Kemal Botak?

—Eso no lo sé. ¡De verdad que eso no lo sé! Ya está viendo que contesto a todo, pero eso no lo sé.

—Sí, está siendo usted sumamente comunicativo conmigo. ¿Por qué?

—Después de ver cómo «trabaja» usted tengo los cojones por corbata. No es usted precisamente una dama que se asuste por cualquier cosa. Hasta me parece que nosotros tres, a su lado, somos unos palurdos con pistola.

—Es usted aceptablemente listo —sonrió Brigitte—, así que

entenderá perfectamente lo que voy a decirle. Voy a dejarle en esta casa, muy bien atado con alambres y amordazado, y me voy a ir a Roma. Si a mí me ocurre algo allá, será debido a que usted me ha metido en alguna trampa que ahora no puedo adivinar, claro está; en ese caso, usted se irá muriendo aquí lentamente y solo, soportando el hedor del cadáver de su amigo. ¿Me ha entendido?

—Sí —jadeó Domenico Starti—… ¡Pero no le he mentido!

—Entonces será un hombre de suerte.

—¿Quiere decir que volverá aquí a soltarme?

—No. Quiero decir que si no me ha mentido dentro de un par de días enviaré aquí a algún compañero para que le pegue un tiro en los sesos. Siempre es mejor eso que morir lentamente, ¿verdad?

—Usted… usted no puede hacer eso —casi lloró Starti—… ¡No puede hacerlo!

Brigitte Montfort, alias Baby, miró a Simón-Aleko, tendido en el sofá, como muerto, y envuelto en la manta. De cuando en cuando, el cuerpo del agente de la CIA sufría una sacudida, como súbitos y tremendos escalofríos. La azul mirada de Brigitte regresó a los espantados ojos de Domenico Starti.

—Claro que puedo —susurró la espía—… Ya lo creo que puedo, criminal.

Detuvo el pequeño Fiat junto a la camioneta, de la cual saltaron inmediatamente dos atléticos jóvenes que se acercaron. Un poco más allá, Simón-Salónica se apeó del coche, y se acercó también. Brigitte se apeó a su vez del Fiat que había conducido hasta allí, y abrió la portezuela de atrás.

—Con cuidado —murmuró—. Ya ha sufrido suficiente.

Entre los dos atléticos agentes de la CIA sacaron del coche a Simón-Aleko, y lo llevaron hacia la camioneta, habilitada rápidamente como ambulancia, y en la cual esperaba un médico. Rápidamente, Aleko Nipoulos fue instalado en la ambulancia, en una camilla. Brigitte se colocó junto a él, y le pasó una mano por la frente. A su lado, Simón-Salónica miraba con expresión sombría a su desafortunado compañero de espionaje, el astuto Eddie, que era «muy duro de pelar». El torturado espía hizo un guiño a Simón-Salónica, y luego hizo un gesto con los ojos hacia Brigitte.

—¿Qué te parece? —susurró—. Estamos trabajando con Baby, Greg.

—Cierra la boca —gruñó Simón-Salónica.

Aleko Nipoulos cerró la boca y los ojos. El médico le estaba examinando rápidamente. Al terminar, miró a Brigitte.

—Saldrá de ésta, desde luego, pero no le va a ser fácil. Se han ensañado con él.

—Ya lo sé. Quiero que hagan por él absolutamente todo, cuanto antes y bien hecho. Y me explico bien, ¿verdad?

—Desde luego. Lo llevaremos a algún sitio tranquilo y conveniente.

—¿Saben dónde me gustaría pasar estos días de recuperación? —dijo Simón-Aleko, abriendo los ojos de pronto—: en Capri.

El médico torció el gesto.

—En Capri no tenemos dispositivo médico de la importancia que requiere su estado —objetó—. Sería mejor que eligiera otro sitio.

—Es que a mí me gusta Capri —dijo Simón-Aleko.

—Llévenlo a Capri —rió Brigitte—. Y si no hay allá dispositivo médico adecuado, que lo instalen. Eso es todo.

—Caray —sonrió Aleko Nipoulos—… ¡Con las ganas que tenía de pasar una temporada en Capri, como los emperadores romanos…!

Brigitte se inclinó, y le besó dulcemente.

—Hasta pronto en Capri —susurró.

Tan sólo unos pocos segundos más tarde, la camioneta-ambulancia se alejaba del lugar de la cita…, al que llegaba en aquel momento otro agente de la CIA conduciendo el coche que no hacía mucho había dejado abandonado Baby para viajar en el pequeño Fiat con Domenico Starti. Este mismo agente, sin decir palabra, se colocó ante el volante del Fiat, y se lo llevó de allí. Brigitte y Simón-Salónica quedaron solos en la zona, cada uno con su coche.

—De manera —murmuró Simón— que en efecto Kemal Botak no se suicidó, sino que fue asesinado.

—Sí. Vamos a ver esas fotografías.

Fueron al coche de Simón, que le tendió a Brigitte un sobre que sacó de la guantera. En el sobre, ampliadas, había fotografías del hotel, de la playa, del jardín, de muchas personas tomadas desde diferentes ángulos… Brigitte comprendió que prácticamente toda la clientela del Hotel Partenón de aquellos días había sido fotografiada. También había tres fotografías de Andreas Kaponos. Y

dos fotografías de Domenico Starti y de uno de sus amigos, que podía ser el llamado Rungs o el llamado Leponte, esto no tenía la menor importancia. También había fotografías de unas listas de nombres obtenidas por medio de impresora de ordenador… Nombres de personas que habían estado en el Hotel Partenón el día en que Kemal Botak «se suicidó». El nombre de Hendrick Miles figuraba en esta lista.

—¿Qué hacernos ahora? —inquirió Simón, cuando Baby dejó de mirar las fotografías.

—Yo voy al hotel para recoger mis cosas y marcharme a Roma. Ustedes vayan al chalé a matar a Starti, y…

—¿Matarlo? ¿Quiere decir fríamente?

—Sí. ¿No sabe cómo se hace eso?

—Bueno, sí, pero… De acuerdo, lo haremos.

—Pero antes, ocúpense de retirar de mi *suite* el cadáver que dejé allí, y ayuden a Andreas Kaponos si necesita algo. Y finalmente, cuando hayan solventado estos asuntos de más urgencia, envíen todo este material fotográfico a la Central, por el medio más rápido. ¿Pueden conseguir servicio de Fax?

—Desde luego.

—Espléndido. Encarguen una investigación de archivo sobre todas estas personas identificadas en fotografías y en las listas de clientes del hotel. Quiero una respuesta, por escueta que sea, dentro de veinticuatro horas en Roma.

—Y respecto a la muerte de Kemal Botak… ¿dejamos las cosas tal como están, aquí, en Grecia?

—Sí. Y en cuanto hayan terminado de cumplir mis instrucciones, simplemente olvídenlo todo.

—¿Incluso a usted?

—Zambomba, no —sonrió la divina espía—… ¡A mí no me olviden!

—Menos mal que no nos lo ha exigido —sonrió Simón-Salónica —: no habríamos podido obedecer esa orden. Entonces… ¿cuándo parte hacia Roma?

—Espero estar allí esta misma noche.

Capítulo VI

En el directorio telefónico de Roma no constaba el nombre de Hendrick Miles, pero, ciertamente, la señorita Montfort disponía de otros recursos para localizar a una persona que le interesaba, ya fuese en Roma o en la mismísima Babel, confusión de lenguas incluida.

Y uno de sus mejores recursos, por supuesto, era utilizar todo el enorme potencial de la CIA, de modo que, poco después de las nueve de la noche, cuando acababa de cenar en el Coliseo Hilton, hotel donde se había alojado, recibió la visita que estaba esperando, y de la cual la avisó un empleado del hotel, un botones de maliciosa mirada.

—Un caballero la espera en el vestíbulo, *signorina* Montfort.

—Tante grazie.

El caballero, cómo no, se llamaba Simón, y se quedó mirando a la *signorina* Montfort con la expresión de quién por fin ve realizado uno de los más ansiados deseos de su vida. Y sonrió de oreja a oreja cuando ella, sin más, preguntó:

—¿Todavía está enfadado Simón-Roma?

—Mucho —replicó el agente de la CIA—. Me ha encargado que le diga que él creía que eran buenos amigos, y que por tanto considera una ofensa que haya preferido que le envíe un simple agente en lugar de entrevistarse con él.

—Él es demasiado conocido. Además, no he pedido un «simple» agente, sino un agente que no fuese conocido en Roma. O, cuando menos, no demasiado conocido.

—Yo soy su hombre. No llevo aquí ni dos meses.

—Muy bien. ¿Ha cenado ya?

—Desde luego.

—Entonces, tomaremos una copa de champán.

El agente de la CIA volvió a sonreír. La vida le parecía estupenda y simpática.

Pero poco después, ya frente a una copa de Dom Perignon, contemplaba seriamente a la agente Baby, mientras ésta le tendía unas fotografías, que examinó rápidamente. Correspondían a tres hombres cuya catadura valoró en el acto.

—Asesinos profesionales —dijo, alzando la mirada.

—Sí. Pero ya están muertos. Sus nombres eran Domenico Starti, Jung Ewervon y Ennio Leponte. Es muy posible que residieran en Roma, o cuando menos que hayan residido aquí una temporada más o menos larga. Trabajaban para un tal Hendrick Miles, que dirige un servicio de esta clase: asesinatos y cosas así. Quiero que me encuentren a Miles cuanto antes, pero sin remover demasiado el cubo de la basura. Obtengan copias de estas fotografías y utilícenlas para rastrear a los tres sujetos. Es posible que por medio de ellos lleguemos hasta Miles. Cuando lo encuentren, simplemente me llaman por la radio, sea la hora que sea. También deberán avisarme, sea la hora que sea, cuando desde la Central me envíen a Roma determinada información sobre una lista de personas. ¿Alguna duda?

—Claro que no.

—Salud —alzó su copa la señorita Montfort.

La radio de bolsillo emitió su suave zumbido de llamada, y Brigitte despertó en el acto, encendió la luz de la mesita de noche, y miró la hora en su relojito de pulsera. Las seis y media de la mañana. Las doce de la noche en Washington, aproximadamente.

—¿Sí?

—No hemos localizado todavía a Hendrick Miles, pero tenemos los informes de la Central que usted está esperando. No saben quiénes son Miles ni sus amigos, pero sí conocen al parecer muy bien a varias personas de las que aparecen en la lista de clientes del Hotel Partenón.

—Esas personas conocidas… ¿son diplomáticos?

Tras unos segundos de silencio que expresaba su estupefacción. Simón preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—Supe que Botak se relacionó con varios hombres en ese hotel, personas encantadoras y muy educadas. Él no estaba allí con

ninguna jovencita, y sería absurdo pensar que se fue allá, solo, a pasar unas vacaciones, sin su esposa, a la que me consta que amaba profundamente…, dejando aparte que alguna que otra vez se divirtiera extramatrimonialmente. De modo que fue allá a reunirse más o menos discretamente con otros diplomáticos. ¿Qué clase de diplomáticos, de qué nacionalidad?

—En total son catorce, de diferentes nacionalidades y de categoría no demasiado relevante, excepto uno.

—¿Hay algún italiano y que además resida en Roma?

—Indro Galilei. Está retirado, él es el único de alto nivel.

—O sea, que es una persona de edad avanzada.

—Cincuenta y seis años.

—¿Y está retirado? Muy bien: investíguenlo.

—Ya lo estamos haciendo. Por el momento sabemos que vive en el número 22 de Viale Giulio Cesare; queda cerca del Vaticano.

—Conozco Roma. Sigan buscando a Miles.

—Quizás aquí esté usando otro nombre.

—No, no en Roma. Búsquenlo. Para esta tarde, cuando regrese de Londres, quiero la máxima información.

—¿Se va a Londres? —Se pasmó Simón.

—Pero vuelvo enseguida —sonrió Brigitte—… En realidad, ni siquiera estaré en Londres, sino solamente en el aeropuerto de Heathrow.

Naturalmente, él la estaba esperando. Mientras salía de la recepción de vuelos internacionales, Brigitte lo miró a placer. Había cambiado apenas lo inevitable debido al tiempo. A la edad. A los años. Pero John Pearson, alias Fantasma, seguía siendo el mismo: alto, atlético, de rostro hermoso, viril, atractivo.

Interesante con sus canas en las sienes. Impresionante con su gris mirada directa e inteligente. Antaño un agente volante del MI5, hoy era uno de sus más significados jefes, por no decir el máximo dirigente del contraespionaje británico… Un viejo y querido amigo de Brigitte, con el que había compartido algunas aventuras.

Y uno de los pocos hombres que podían besar en la boca a la divina espía, aunque fuese con sabor de amor imposible.

Después del beso del encuentro, todavía estuvieron abrazados unos segundos, mirándose a los ojos. Por fin, Pearson se echó a reír.

—Si Número Uno nos viese ahora, mi vida correría peligro —

dijo.

—Sabes muy bien que no, John. ¿Me invitas a un aperitivo?

—Por supuesto. Tengo el coche…

—No. Aquí, en el aeropuerto. Tengo pasaje de vuelta para Roma, y debo estar allí esta tarde.

—De acuerdo. Tomaremos un martini en el bar. Pero puedo adelantarte que no hemos encontrado nada digno del menor interés referente a ese diplomático húngaro que tuvo el accidente en el condado de Norfolk. Definitivamente, ese Ferenc Slazac era un diplomático del montón. ¿Qué está ocurriendo?

Mientras tomaban el aperitivo, Brigitte puso a John Pearson al corriente del asunto hasta donde ella sabía. Cuando ella terminó la explicación, Pearson encendió otro cigarrillo, y dijo:

—¿Conoces a un diplomático británico llamado John Charles Waldorf?

Brigitte se quedó mirándolo atónita.

Cerca de ellos, en el bar, gente de todo el mundo tomaba café, *whisky*, Coca-Cola o tónica. El rumor del aeropuerto era incesante. Afuera lucía un sol pálido.

—¿*Sir* John Charles Waldorf? —murmuró por fin Brigitte.

—Sí.

—Vamos, John… ¡claro que lo conozco! ¡Todo el mundo conoce a *Sir* John Charles Waldorf! Es uno de los diplomáticos más relevantes de todos los tiempos, del nivel de Home, Churchill…, todos ésos. ¡Naturalmente que lo conozco! ¿Cómo se te ha ocurrido hacerme una pregunta tan… tan tonta?

—*Sir* John Charles Waldorf vive en el condado de Norfolk, en una hermosa casa ubicada en el centro de su hermosa propiedad. Desde su casa al lugar donde Ferenc Slazac tuvo el accidente no hay ni cinco millas de distancia.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Tú me llamaste para decirme que estaba ocurriendo algo con el cuerpo diplomático internacional, y que te ayudase en una investigación…, y yo he investigado.

—¿Conoces a un diplomático Italiano llamado Indro Galilei?

—Lo he oído mencionar. ¿Por qué?

—Está retirado, a sus cincuenta y seis años.

—*Sir* John Charles también está retirado…, pero él tiene setenta

y dos. Una salud de hierro, como suele decirse, pero ya es mayor. Podría seguir en activo, aunque fuese a medio gas, pero él prefirió la honrosa retirada. ¿Sabes a qué se dedica preferentemente?

—¿A qué?

—Compone canciones de amor. Sus nietas y nietos lo adoran.

—John: ¿qué te sugiere todo esto?

—No sé. Por una parte, suenan nombres de diplomáticos de primera línea, como Indro Galilei y *Sir* John Charles Waldorf. Por otra parte, aparecen nombres de personajes sin relevancia alguna: Slazac, Botak, y esos varios que se reunieron en el Hotel Partenón precisamente con Indro Galilei… No sé. Lo que sí es indiscutible es que algo está sucediendo en el ambiente diplomático.

—En el ambiente diplomático internacional —destacó Brigitte.

—Sí. ¿Quieres que indague sobre Hendrick Miles y sus tres amigos?

—Te he traído las fotos de los tres amigos —sonrió Brigitte—, con sus nombres apuntados al dorso.

—Ya —puso cara de enfado Pearson—. Por eso has venido, no por verme a mí: para entregarme esas fotos y seguir usando de nuestra, amistad.

—No seas injusto ni gruñón —rió Brigitte—: sabes muy bien que pude enviarte las fotos por cualquier medio, desde el moderno Fax a uno de mis Simones que te las habría traído en avión. En Roma estoy en el Coliseo Hilton.

—De acuerdo. Naturalmente, a estas alturas, tú crees que al húngaro Ferenc Slazac también lo asesinaron.

—Sí, lo creo. De alguna, manera y por supuesto con gran habilidad, sabotearon su coche, y él se estrelló contra un árbol, como podía simplemente haberse salido de la carretera sin consecuencias o haberse hecho papilla contra un camión.

—Pues si eso les ha ocurrido a Botak y Slazac tal vez les haya ocurrido a otros diplomáticos.

—Claro.

—¿Tu amigo *Monsieur* Nez está investigando al amable y cariñoso Giscard Mérier?

—Dentro de dos horas —Brigitte miró su relojito de pulsera— tengo una entrevista con *Monsieur* Nez en Orly, durante el tiempo justo de la escala.

—A veces —suspiró John Pearson— me pregunto qué clase de habilidad es la tuya, que te permite manejar a medio mundo sin inmutarte y mientras tomas tranquilamente una copa de champán.

—En esto caso, un martini —rió Brigitte—. Gracias por todo, John. Ya sabes dónde encontrarme en Roma.

En Orly, el aeropuerto de París, *Monsieur* Nez la estaba esperando en el vestíbulo, y cuando se reunieron fueron a sentarse en sendas butacas de la sala de espera.

—Dispongo solamente de quince minutos, *Monsieur* —dijo Brigitte—, pero usted sabe que mi agradecimiento será eterno.

—Qué frase tan chocante, viniendo de usted. Pero, en fin, comprendo sus prisas. *Madame* Botak continúa invitada en la villa de Giscard Mérier. En cuanto a éste… ¿sabe usted qué hizo cuando se despidió de usted en la puerta de su hotel la víspera de su viaje a Grecia?

—¿Qué hizo?

—Se encontró en un elegante bar de los Campos Elíseos con Lucien Saint Cyre. Tomaron una copa y se despidieron. El señor Saint Cyre es uno de nuestros más relevantes diplomáticos.

—¿Debo entender, *Monsieur*, que usted considera… inusual el encuentro de esos dos caballeros en un bar de los Campos Elíseos?

—Por completo inusual, considerando que cada mañana se ven en su lugar de trabajo, y que todo lo que hicieron, simplemente, fue tomar una copa, charlar unos minutos, y separarse.

—O sea, que el señor Mérier le estuvo hablando de mí al señor Saint Cyre.

—Yo diría que sí. Mi hombre no pudo escuchar nada, pero nosotros dos sabemos obtener conclusiones, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabía usted que el diplomático húngaro del que me habló tuvo el accidente a unas cinco millas de la residencia de *Sir* John Charles Waldorf, actualmente retirado?

—No, no sabía eso. Sé quién es *Sir* John Charles, naturalmente, y que se ha retirado…, pero no sabía dónde vive actualmente.

—Pues ahora ya lo sabe.

—Maldita sea… ¿qué está pasando? —Gruñó Nez.

—No tardaremos en saberlo. *Monsieur*, le voy a entregar unas fotos y los nombres de unos sujetos, por si el SDECE pudiera

averiguar algo de ellos. Especialmente, de un tal Hendrick Miles, pues los otros tres ya están muertos.

—¿Tuvieron un accidente?

—Pues… sí —la espía más implacable del mundo sonrió fríamente—: un accidente llamado Baby. ¿A qué se están dedicando estos días los señores Mérier y Saint Cyre?

—Digamos que cumplen sus labores rutinarias.

—Ya. Si desea algo de mí, *Monsieur*, podrá encontrarme en el Coliseo.

Capítulo VII

El 22 de Viale Giulio Cesare era una pequeña mansión rodeada de un discreto jardín en el que predominaban los castaños. Una de esas residencias que sugieren dinero, estilo y alta categoría.

Brigitte había llegado hasta cerca de ella en un taxi, y tras apearse se había quedado contemplando la casa desde escasa distancia. Estuvo así hasta que percibió en su mano izquierda el leve zumbido de la radio que sostenía allí a la espera de la llamada.

Alzó la mano hasta la boca y susurró:

—¿Sí?

—Miles no ha salido. Se encuentra dentro de la casa.

—Gracias.

Cerró la radio, la guardó dentro del maletín rojo con florecillas azules estampadas, y se encaminó resueltamente hacia la residencia de Indro Galilei, el único diplomático importante de los que habían participado en la reunión del Hotel Partenón, en Nea Michaniona.

Como era de esperar, fue recibida por un criado, que se quedó mirándola con expresión que pretendía ser impávida, aunque sin lograrlo, mientras inquiría respecto a los deseos de Brigitte.

—Soy Brigitte Montfort, periodista —dijo ésta—. Amiga del señor Botak. Quisiera ver al señor Galilei.

—Veré si está en casa —replicó el criado.

La espía se limitó a sonreír lo más amablemente que pudo. Se dejó conducir a una pequeña salita, donde quedó sola. Casi cinco minutos más tarde, el criado reapareció.

—Sea tan amable de acompañarme —pidió.

—¿Ha conseguido localizar al señor Galilei?

—Efectivamente.

La espía parecía incluso divertida.

Aquella salita expresaba el buen gusto de los ocupantes de la casa. El vestíbulo, considerablemente amplio, ofrecía como una leve

muestra de la artística decoración que se podía encontrar en toda la casa. Cuando entró en el salón terminó de convencerse, al ver el piano, los cuadros en las paredes, y las densas alfombras que cubrían el suelo. El mobiliario era, pura y simplemente, rojo.

Indro Galilei acudía hacia ella, con expresión cordial pero inocultablemente escrutadora, pese a sus exquisitos modales de diplomático de nivel bastante superior a la media. Aparentaba apenas la edad que tenía, era alto, atlético, elegante. Posiblemente se consideraba un seductor. De alta escuela, eso sí.

—Señorita Montfort —ofreció su voz de tono impecable—, no podía creer lo que me ha dicho Roberto… Pero indudablemente, es usted…, aunque mucho más encantadora que las imágenes que ofrece de usted la televisión.

—Es usted muy amable —le tendió la mano Brigitte—. Espero que mi visita no haya perturbado sus actividades o relaciones.

—No. No, no, en absoluto… No sabía que fuese usted amiga del infortunado Botak.

—Nos habíamos visto en ocasiones. Es de lamentar que con usted no hayamos coincidido en ninguna parte, señor Galilei.

—Bueno, estas cosas ocurren. Algunas personas jamás se encuentran, y otras se pasan la vida coincidiendo en todas partes. Esperemos que en el futuro mi suerte cambie y nos veamos con frecuencia. Aunque por el momento, y puesto que ha mencionado usted al señor Botak, interpreto que viene a hablarme de él…, o a preguntarme sobre él.

—A preguntarle sobre él, en efecto. Tengo entendido que coincidieron ustedes en el Hotel Partenón, en Nea Michaniona.

Indro Galilei se quedó todo él como petrificado, excepto los párpados, que se agitaron nerviosamente. Por fin, murmuró:

—¿Ha sabido usted que yo estaba en ese hotel cuando Botak tuvo el desdichado impulso de quitarse la vida?

—Así es.

—¿Puedo preguntarle cómo lo ha sabido?

—Puede usted preguntarlo, pero me temo que yo no podré contestarle. Las fuentes de información de un periodista son siempre secretas, señor Galilei.

—Sí, ya… Claro. Por favor, siéntese. ¿Desea tomar algo? ¿Tal vez un *whisky* con hielo?

—Acepto encantada su *whisky*. ¿De verdad no le estoy molestando?

—En absoluto.

Un minuto más tarde, Galilei ofrecía el vaso a Brigitte, y se sentaba ante ella, siempre cortés, impecable, perfecto…, pero sin que su inquietud pasara desapercibida para el implacable ojo de la espía.

—¿Y qué desea usted preguntarme sobre Botak? —inquirió Galilei.

—Me gustaría saber qué hacía él en Grecia, en aquel hotel.

—¿Botak? La verdad es que no tengo ni idea.

—¿Debo entender que no se relacionaron ustedes en ningún momento, no conversaron, ni cambiaron saludo, ni se interesaron el uno por el otro?

—Las relaciones profesionales entre Botak y yo no se puede decir que hubieran sido nunca interesantes, señorita Montfort. A decir verdad, nos conocíamos poco y todavía nos habíamos relacionado menos antes de coincidir en el Partenón.

—Es perfectamente comprensible. ¿Y con los demás?

—¿Los demás? ¿Qué quiere decir?

—Además de usted y del señor Botak había en el Partenón otros doce diplomáticos de diferentes nacionalidades. ¿No se relacionó usted con ninguno de ellos en ningún sentido?

—Bien… Esto… Bueno…

—¿Tal vez no se enteró usted de que en el Partenón había una… insólita cantidad de diplomáticos, señor Galilei?

—Perdone… Perdone, por favor, pero es que me está usted… atosigando. ¡Me está sometiendo a un interrogatorio, señorita Montfort!

—¿Realmente le ha producido esa impresión? Le ruego que me disculpe. Mi intención es únicamente obtener alguna información que me permita sostener mi teoría de que Kemal Botak no se suicidó.

—¿Cómo que no se suicidó? —Palideció Galilei.

—En mi opinión, no. Yo sí conocía bien a Kemal Botak. Y a su esposa. Él no era hombre de los que se suicidan, se lo aseguro. Pero, señor Galilei, lo que más intrigada me tiene es esa… reunión de diplomáticos de varias nacionalidades en un encantador pero

insignificante hotel griego en una insignificante localidad griega. Otra cosa que también me tiene intrigada es que todos esos diplomáticos eran de escasa relevancia…, excepto usted. ¿De verdad no puede usted facilitarme ninguna información al respecto?

—Desde luego que no. Lo que hagan otras personas, sean diplomáticos o no, no es de mi incumbencia, ni aquí ni en Grecia.

—¿Conocía usted al diplomático húngaro Ferenc Slazac?

La pregunta pareció golpear a Galilei en pleno pecho. El italiano palideció aún más intensamente, y por unos segundos pareció mudo. Consiguió reaccionar, finalmente.

—Bueno, sí, en alguna ocasión… nos habíamos relacionado, sí.

—El señor Slazac también tuvo mala suerte, no hace mucho: el pobre se mató en un accidente automovilístico en el condado de Norfolk, en Inglaterra. ¿Sabía usted esto?

Indro Galilei estaba lívido, pero, como notorio contraste, estaba sudando. Sacó un impecable pañuelo blanco, y se lo pasó por la frente.

—Pues sí… Algo oí decir —jadeó por fin—… Sí, claro. En verdad, el señor Slazac tuvo muy mala suerte…

—Me pregunto qué hacía el señor Slazac por aquella parte del ancho mundo. ¿Se le ocurre a usted alguna respuesta, señor Galilei?

—Pu-pues…

—Ya es suficiente —dijo una voz en la puerta del salón—: la entrevista ha terminado.

Indro Galilei cerró los ojos. Brigitte Montfort, vaso en mano, miró con expresión encantadoramente apacible hacia donde había sonado la voz. Allá había un hombre de alrededor de cuarenta años, alto, sólido, discretamente elegante. Sus facciones eran bellas, pero había en el fondo de su expresión y en sus ojos claros como cristal un destello duro y hostil. Lo cual concordaba perfectamente con la pistola que empuñaba, y que apuntaba a la hermosa visitante.

—Ah —sonrió ésta—… El señor Miles, supongo.

Galilei lanzó una exclamación de tremendo sobresalto. El otro sujeto se controló mejor, pero también acusó el golpe.

—¿Me conoce usted? —susurró.

—De oídas —sonrió Brigitte—. Me habló de usted un amigo suyo, un tal Domenico Starti. ¿Lo recuerda usted?

Hendrick Miles ladeó la cabeza, y entornó los párpados como

para concentrar mejor su mirada y sus pensamientos en la persona de la señorita Montfort. Al parecer, llegó a alguna conclusión desagradable, porque movió la pistola y dijo:

—Póngase en pie. Vamos a marcharnos de aquí.

—Me gustaría antes conversar un poco más con usted, señor Miles.

—Poco importa lo que a usted le guste. Vamos, obedezca.

Brigitte dejó el vaso, y se puso en pie. Miró a Indro Galilei, que estaba visiblemente asustado.

—Me pregunto, señor Galilei, qué clase de proyectos le impulsaron a usted a relacionarse con un sujeto de la calaña de Miles.

—Tiene usted una lengua muy afilada —gruñó Miles—. Y al parecer dispone de un buen servicio de información para sus reportajes. No me sorprende, pues he leído bastantes y he comprobado que son profundos y bien documentados. Realmente, es usted una periodista de gran categoría…, pero incluso así sabe demasiadas cosas sobre el Hotel Partenón, la muerte de Botak, la de Slazac… No ha querido decirle a Indro de dónde sacó tanta información, pero a mí sí va a decírmelo, ¿verdad?

—Me temo que no, señor Miles —sonrió divina.

—¿Prefiere que la obligue?

—No sea truculento. Y si quiere un buen consejo…

—¿Un buen consejo? —El rostro de Miles se transformó en una mueca de rabia—. Yo le voy a dar a usted un buen consejo: conteste a mis preguntas, o se va a arrepentir de haber nacido. ¿Me ha entendido? Mientras hacía la última pregunta, Miles, que se había acercado a Brigitte, la asió con la mano izquierda por los cabellos, rudamente, forzando la postura de su cuello: al mismo tiempo, hundía la boca del silenciador de la pistola en la garganta de la espía.

La réplica de la encantadora señorita Montfort fue fulminante y alucinante: con su mano derecha asió la izquierda de Miles, por encima, efectuando rápidamente un giro hacia el exterior, una torsión de muñeca que hizo crujir los huesos de Miles, y entre el dolor, la sorpresa, y la increíble rapidez de la señorita Montfort, Miles no tuvo tiempo ni siquiera de ver venir el rodillazo que le acertó en plenos testículos, casi lo levantó, y finalmente lo dejó caer

encogido y casi desvanecido sobre la rica alfombra persa.

Brigitte alejó con un pie la pistola de Miles, y se volvió a mirar al alucinado Indro Galilei.

—En realidad —dijo—, le he estado hablando tan claro y con tanta agresividad porque sabía que Miles nos estaría escuchando y he querido provocarlo para que saliera. Ya lo tengo a él, ya lo tengo a usted, ahora sabremos cuál es la jugada completa. ¿De acuerdo, señor Galilei?

La mirada de éste saltó, desorbitada, hacia Miles, que parcialmente recuperado del golpe gateaba sobre la alfombra hacia donde el puntapié de Brigitte había enviado la pistola. La espía le estuvo mirando como maravillada ante tanta estupidez humana, y, simplemente, sacó la pistolita de debajo de la falda, apuntó un instante, y disparó, justo cuando Miles casi tocaba la pistola. La bala le acertó en la mano, y Miles lanzó un berrido, dio un brinco, y quedó sentado, mirando con expresión desorbitada su sangrante mano. Brigitte se acercó, recogió la pistola, y fue a sentarse en el sillón. Bebió otro sorbito de *whisky*, abrió el maletín, que había dejado junto al sillón, y sacó la radio, efectuando la llamada.

—¿Si? —Sonó la voz de hombre.

—Simón dígale a Simón-Roma que ya pueden venir todos y ocupar la casa del señor Galilei. Parece que todo está muy tranquilo, pero no se descuiden.

—*Okay*.

La espía cerró la radio, miró sonriente a Galilei, que estaba totalmente desmoralizado, y luego miró a Miles, que la contemplaba hipnóticamente.

—Si vuelve a intentar algo, le mataré, Miles —advirtió.

—¿A quién ha llamado? —Jadeó Miles—. ¿Quiénes van a venir?

—Unos amigos míos. Y ahora, estese calladito mientras el señor Galilei me explica el asunto. ¿Verdad que va a explicármelo, señor Galilei?

Éste abatió la cabeza. Estuvo así unos segundos, y, alzándola de nuevo, musitó:

—No podía salir bien.

—¿A qué se refiere?

—A ostentar el poder mundial desde la sombra. Surgió la idea de que, en general, los gobernantes no son de gran nivel, en todo el

mundo. Ocurre que muchos de ellos son de baja extracción, y varios han alcanzado los puestos de mando debido a maniobras de fuerza y de mentiras. En líneas generales, el mundo está corrompido no por culpa directa de los gobernantes, sino por toda la telaraña de parásitos que se forma alrededor de ellos y que los sostienen en el poder. Un dictador, por ejemplo, puede ser un rudo militar que se ha distinguido por sus masacres, y llega al poder por medio de la fuerza y las armas. Pero, ciertamente, no se mantendría allí mucho tiempo si no contara con esa red de parásitos que lo sostienen en el poder porque a ellos les conviene tenerlo como cabeza de turco. En definitiva tanto el gobernante visible como sus eminencias grises y sus cómplices invisibles son solamente parásitos de la Humanidad que la escarnece y explota brutalmente.

—Hasta aquí estamos de acuerdo —alzó las cejas Brigitte—. ¿Qué más?

—Surgió la idea de que el mundo estaría mucho mejor y más… elegantemente gobernado si el poder estuviera en poder de los diplomáticos…, aunque fuese un poder oculto, aunque los diplomáticos fuésemos poderosos sólo desde la sombra. De modo que había ya un… cuerpo diplomático mundial, una especie de… sociedad de diplomáticos que, utilizando todos su resortes políticos fuesen reuniendo un Consejo de Poder en la Sombra. Los Consejeros serían los más importantes diplomáticos de cada país, que, fingiendo continuar sirviendo a su país, en realidad se irían apoderando de las riendas del poder por medio de alianzas con los personajes adecuados. Y así, poco a poco, mientras aparentemente los gobernantes del mundo seguían siendo los mismos de siempre, en realidad el poder estaría en manos de los diplomáticos por medio de ese Consejo de Poder en la Sombra. Naturalmente, ese Consejo debería tener un presidente…, y yo me propuse ser ese presidente.

—Entiendo. ¿Y Miles?

—Miles fue en realidad quien me hizo abrir los ojos. Un día se me presentó en casa, me dijo que estaba enterado de todo el asunto, y que tenía que hacerme una proposición: ¿por qué conformarme con ser uno de los muchos insignificantes poderosos en la sombra cuando podía ser el presidente? Era el hombre indicado, pues todos los diplomáticos que se iban uniendo al grupo me conocían, ya que era yo el encargado de organizar las reuniones en distintos sitios del

mundo y explicarles el asunto. Naturalmente, con anterioridad habían sido adecuadamente seleccionados, es decir, solamente reuníamos a los que sabíamos casi con toda seguridad que iban a aceptar…

—Pero Kemal Botak no aceptó, ¿verdad?

—No.

—Y por eso fue asesinado. Igual que Ferenc Slazac… y posiblemente otros cuyas muertes o han pasado desapercibidas o han estado mejor preparadas.

—No siempre se dispone de tiempo para trabajar bien —dijo irónicamente Miles, todavía sentado y goteando sangre.

—Eso es cierto —le miró Brigitte—. ¿De modo que han ido eliminando a los diplomáticos que se negaban a intervenir en el asunto?

—Claro. Y no han sido demasiados, porque, ¿sabe?, eso de ser los grandes poderosos verdaderos del mundo, aunque fuese en la sombra, ha gustado mucho en general a todos los diplomáticos. No me negará usted que el mundo tendría otro estilo si lo dirigiesen exclusivamente diplomáticos de carrera y de alto nivel.

—Es posible. ¿Y quién tuvo la idea? ¿Usted, Galilei?

—Oh, no —exclamó el italiano—. La idea no fue mía, sino del hombre que sería el primer presidente del Consejo que…

—¡Cierra la boca, maldito cobarde! —gritó Miles.

Simultáneamente, se oía el silbido, y Brigitte solamente alcanzó a ver el destello del estilete de acero que fue a clavarse con blando impacto en la garganta de Indro Galilei. Cuando la espía miró a Miles, éste todavía estaba terminando el gesto de lanzar con la ensangrentada mano derecha el cuchillo que, al parecer, había sacado de la manga.

Acto seguido, Miles se puso en pie, mirando torvamente a Brigitte, que le apuntó con la pistola de cachas de madreperla.

—Quédese donde está —dijo secamente—. Y dígame usted mismo quién es el «inventor» de la idea de los poderosos en la sombra, y dónde está.

—¿Qué más da, si ya está condenado a muerte? —rió Miles.

—¿Condenado a muerte?

—Claro. Indro y yo acordamos eliminarlo sin más dilación, para que Indro ocupase su lugar a medida que se fuese consolidando el

Consejo. Parecería un simple atentado político del que nadie podría dudar; a nadie, ni siquiera a los diplomáticos del Consejo se les ocurriría que era Indro quien habría respaldado el asesinato del primer presidente para ocupar su lugar… De modo que ese hombre está ya condenado a muerte: dos de mis hombres recibieron ya la orden de eliminarlo.

—¿Quién es ese hombre? —insistió Brigitte.

Hendrick Miles rió guturalmente, y se acercó al cadáver de Indro Galilei, de cuya garganta retiró el estilete. Brigitte, que no había dejado de apuntarle en ningún momento, clavó su azul mirada en las heladas pupilas de Hendrick Miles, el cual sonrió de nuevo y alzó el estilete. Había en sus ojos una decisión inquebrantable: matar o morir. O ambas cosas. Pero, ciertamente, Hendrick Miles jamás se dejaría coger prisionero.

El asesino jefe de asesinos alzó el brazo armado, presto para lanzar el estilete al pecho de Brigitte Montfort.

Plof, disparó Baby, metiendo la bala en el cerebro de Hendrick Miles.

Capítulo VIII

—Es decir, que nos hemos quedado sin saber quién inventó el Consejo del Poder en la Sombra —murmuró John Pearson—…, aunque bien poco importa, puesto que va a ser asesinado, o quizá ya ha sido asesinado. De un modo u otro, el asunto ha terminado, pues ni el «inventor» de la idea como tú dices, ni el pretendido usurpador de la presidencia, el italiano Indro Galilei, podrán seguir adelante. Lo que ocurrirá será que, faltos de la dirección de uno y de otro, todo el grupo de diplomáticos que en principio había aceptado la idea volverá a sus ocupaciones habituales sin complicarse más la vida. Y aquí no ha pasado nada.

—Yo no diría tanto —murmuró Brigitte—: aparte de Botak y Slazac han muerto otros diplomáticos en todo al mundo, por negarse a aceptar la idea. Quizá sean diplomáticos de África, o de Asia…, pero han muerto.

—Maldita sea —refunfuñó Fantasma—, ¡me habría gustado mucho saber quién fue el inventor de los poderosos en la sombra!

—Un hombre inteligente, sin duda —murmuró Brigitte—. Y ambicioso, pese a sus circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Las suyas.

John Pearson, alias Fantasma, se quedó atónito mirando a Brigitte. Se habían encontrado de nuevo en el aeropuerto de Heathrow, al cual había llegado la agente Baby tras dejar solucionadas las cosas en Roma, gracias a un buen entendimiento entre la CIA y el servicio secreto italiano una vez más. Todo en orden. Gente en el aeropuerto británico. Aviones que despegaban y aterrizaban. Un día de sol pálido.

—Por todos los demonios —deslizó por fin Pearson—… ¡Tú sabes quién es ese hombre! ¡Maldita sea mi estampa, lo sabes!

—Oh, vamos, John… Tú también tienes que saberlo. Y más, si

analizas el motivo de mi presencia de nuevo en Inglaterra pese a que tengo dos citas a cuál más importante. Supongo que has venido en coche a Heathrow.

—Claro. Y tengo que llevarte allá, naturalmente.

—Si prefieres no acompañarme, puedo alquilar un coche e ir sola. Encontraré el camino.

—Santo Dios, no… ¡No puede ser el viejo *Sir* John Charles!

—Yo creo que sí es él. Y si analizas la situación y los acontecimientos pasados te convencerás de ello. Si consideramos la pista de Botak, no nos ayuda en nada. Botak fue asesinado con urgencia porque sin duda se proponía telefonear a alguien contándole el asunto. Pero en cuanto a Ferenc Slazac, no se hizo con urgencia, sino que se preparó el «accidente», tuvieron tiempo. Y sabían que él se disponía a ir a visitar e informar al «inventor» de la idea para contárselo todo… ¿Y a quién te parece a ti que iba a visitar Ferenc Slazac cuando tuvo el «accidente», qué personaje realmente importante e influyente de la diplomacia mundial se hallaba solamente a cinco millas de distancia cuando murió?

—De *Sir* John Charles Waldorf. Yo mismo te lo dije.

—Sí —sonrió encantadoramente Brigitte—. Bien: ¿me llevas allá en tu coche o voy sola?

Debían de ser las cuatro de la tarde cuando *Sir* John Charles Waldorf recibió a sus visitantes. Era un hombre encantador, con unos modales exquisitos, con un trato maravilloso, con un aspecto increíble de anciano sano, inteligente y en plena actividad. Era un personaje que parecía talmente de película, y que vivía en un decorado como de película, con sus verdes prados alrededor de la casa, sus abetos cerca de ésta, sus zonas ajardinadas… Viudo y retirado, vivía solamente con tres criados que casi formaban parte de la familia.

—Pero con mucha frecuencia me visitan mis hijos y mis nietos —aseguró, muy satisfecho—. Es mejor así. A mi edad no agrada demasiado el exceso de bullicio.

—Es comprensible —sonrió Brigitte.

Sir John se quedó mirándola como desconcertado. Miró a Pearson, de nuevo a Brigitte, de nuevo a Pearson… Estaban en el saloncito, con las amplias ventanas abierta al fresco verdor de la

campiña inglesa.

—¿Más café? —ofreció de pronto *Sir* John Charles.

—No, gracias.

—Bien… Bueno, ciertamente, conozco al señor Pearson, y a usted también, aunque sea por su prestigio profesional. Es extraño que no hayamos coincidido antes en recepciones y reuniones de esa clase, ya sabe.

—Estas cosas ocurren, *Sir* John Charles. Usted, sin duda, está desconcertado no sólo por nuestra visita, que tan amablemente ha recibido, sino por el hecho de que John y yo estemos juntos, relacionados.

—Bueno, pues…, ya que usted lo dice, sí, es verdad que estoy desconcertado. Estoy intentando adivinar el motivo de su visita, pero no lo consigo.

—¿Se enteró usted de la muerte del diplomático húngaro Ferenc Slazac?

—Sí… Sí, desde luego. Precisamente el accidente que le costó la vida a Slazac se produjo no muy lejos de aquí.

—No fue un accidente. Lo asesinaron porque él venía hacia aquí para advertirle a usted que Indro Galilei, apoyado por un tal Hendrick Miles, se proponía precisamente asesinarlo a usted para ocupar su puesto en la presidencia del Consejo del Poder en la Sombra.

Sir John Charles Waldorf, que había palidecido intensamente, tardó unos segundos en reaccionar, musitando:

—¿De qué está hablando usted?

—¿Usted no sabe de qué estoy hablando?

—No… Claro que no.

—*Sir* John Charles —deslizó amablemente Pearson—, sabemos que antes de morir ese hombre llamado Miles ya había dado la orden de que el futuro presidente del Consejo fuese asesinado. Y lo harán. Además, lo harán bien, de modo que todo el mundo pensará que se trata de un accidente, o, mejor, de un atentado.

—Posiblemente —apoyó Brigitte— se las arreglarán para que el asesinato de usted sea atribuido al IRA. Y si usted muere, su idea quedará muerta, porque nadie más se atreverá a correr tanto riesgo…, aun suponiendo que exista otro diplomático de la talla de usted dispuesto a dirigir esa aventura de conseguir el poder mundial

para la diplomacia en la sombra. ¿De verdad no sabe de qué le estamos hablando?

—No.

—En ese caso, es absurdo prolongar esta conversación —se puso en pie la espía americana—. Tenemos que intentar hallar a esa persona para advertirla de que va a ser asesinada.

—Sí, lo comprendo.

—¿Ni siquiera desea que le expliquemos el asunto? —inquirió Pearson.

—Estoy retirado. Lo único que deseo es vivir en paz.

—Piénselo bien —insistió Brigitte, pese a que se había propuesto no hacerlo—. Nosotros sabemos que usted es ese hombre, y si lo admite nos quedaremos aquí y tomaremos las medidas para que nadie pueda asesinarlo. Pero si…

—Se están equivocando de persona —dijo con fría cortesía *Sir* John Charles.

—Sentimos mucho haberle hecho perder su tiempo. Gracias por recibirnos.

Brigitte se dirigió hacia la puerta del saloncito. Pearson se quedó todavía sentado unos segundos, mirando a John Charles Waldorf, que permaneció inalterable.

Por fin, Fantasma se reunió con la señorita Montfort tras murmurar una despedida, y ambos salieron de la casa, acompañados por uno de los criados.

Afuera, junto al coche, había otro, y el tercero, que les había servido el café, debía de estar en la cocina…

Brigitte y John se metieron en el coche de éste, y partieron. Pasaron muy cerca de dos jardineros que parecían estar estudiando un abeto, pero los dos espías iban tan absortos y preocupados que no se fijaron en ellos. Brigitte miró de pronto a Pearson.

—¿Qué piensas hacer? —murmuró—. Éste es tu territorio, John.

—Quizá nos hemos equivocado de hombre…, pero en cualquier caso, me ocuparé de organizar una protección de ese hombre. No pienso permitir que unos asesinos profesionales acaben con él. A fin de cuentas, su idea no era del todo mala.

—La idea quizá no, pero sí los personajes. He conocido ideas buenas que han sido estropeadas siempre por lo mismo: por la ambición y la maldad de quienes no han sabido llevarlas a cabo sin

pretender beneficiarse directamente de ellas caiga quien caiga. Éste era el caso de Indro Galilei, y quizás era el caso de *Sir* John Charles, quizás este hombre que jamás alcanzó el gran poder visible, ha querido alcanzar el poder total aunque sea en la sombra… Oh, vamos, claro que es él, John. ¡Y no creo que tuviese la menor intención de pasar el resto de su vida componiendo canciones de amor!

—Tal vez no, pero si es él y podemos…

—Oh, Dios… ¡Oh, Dios! —Exclamó de pronto Brigitte—. ¡Los jardineros! ¡John, aquellos dos jardineros!

John Pearson sólo se desconcertó un instante. Luego, soltó una maldición insólita en él, frenó, dio la vuelta, y emprendió el regreso a toda velocidad hacia la encantadora villa de *Sir* John Charles Waldorf.

Estaban apenas a trescientos metros de la casa cuando se produjo la explosión.

Este es el final

—O sea, que se lo cargaron, finalmente —murmuró Simón-Aleko.

—Sí. Lo hicieron picadillo con aquella carga explosiva. Mi amigo británico y yo vimos salir corriendo a los dos asesinos enviados por Miles, y los perseguimos con el coche. Los cazamos como a conejos. Tenían un coche cerca de allí, pero no llegaron.

—Quizás habría sido interesante cazarlos vivos —sugirió Simón-Aleko.

—Ni mi amigo ni yo coleccionamos bichos insignificantes. Ya lo sabíamos todo sobre ellos…, incluso que eran asesinos profesionales. Y con los asesinos profesionales sólo se puede hacer una cosa, Simón.

—Sí, ya… Claro. O sea, que efectivamente, era él, *Sir* John Charles.

—Claro. Bien, ¿cómo van las cosas por aquí?

—Oh, muy bien, muy tranquilas. Caray, me estoy dando la vida padre en Capri, y con todos los gastos pagados.

—¿Se siente como un emperador romano? —rió Brigitte.

Simón-Aleko-Eddie miró una vez más a su alrededor. Estaba en la terraza de una villa magnífica desde la que veía el intenso azul del mar, como continuación de la gran cantidad de pinos que parecían formar una alfombra. Tenía todo cuanto se pudiera desear y necesitar, estaba atendido magníficamente, y sabía que a partir de aquel momento sería uno de los Simones especialmente mimados por la CIA, porque así lo exigiría Baby, como hacía siempre que alguno de los agentes que colaboraban con ella era herido o destacaba por cualquier otra cuestión.

—No —dijo por fin—… No me siento como un emperador romano. Me siento mucho mejor que eso: me siento como un ser humano amado por otro ser humano.

—Realmente, es usted afortunado, entonces. Bien, tengo que…

—¡No me diga que va a marcharse!

—Tengo que marcharme. Prometí a un amigo reunirme con él en determinado lugar si terminaba a tiempo este trabajo. Y aunque solamente llegue a tiempo de acompañarle en las actividades del domingo…

—¡Pero si hoy es lunes!

—¿Hoy es lunes? ¡Cielos, no!

—¡Le juro que es lunes!

—O sea, que ya no llegaré a tiempo de nada. Incluso es posible que él, ya terminadas esas jornadas de atletismo, haya regresado a casa. ¡Zambomba, ya lo creo que se va a enfadar conmigo! Pero… ¿sabe qué le digo, Simón?: que puesto que de todas maneras mi amigo va a enfadarse, voy a quedarme un par de días en Capri, recordando aventuras pasadas… ¡Y porque a mí también me encanta Capri, todo hay que decirlo!

FIN